

BOLSILIBROS
BRUGUERA

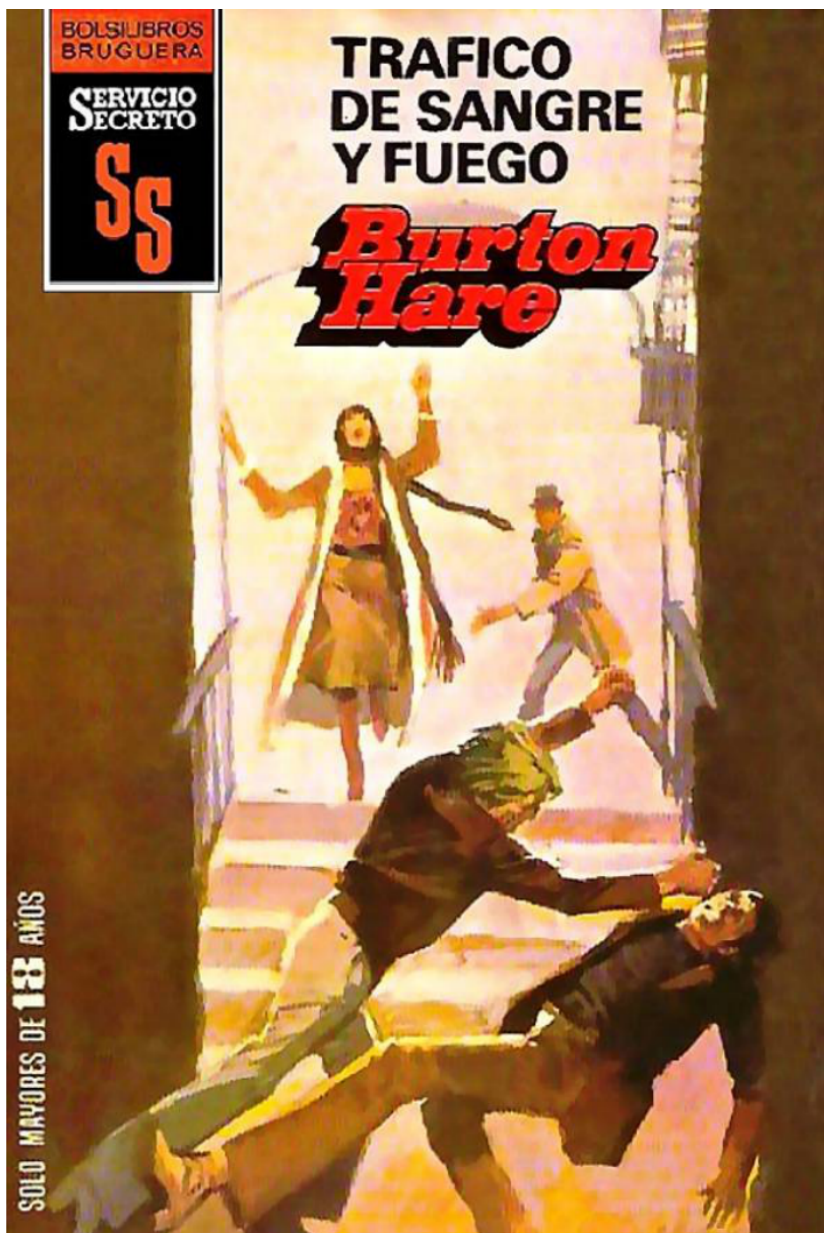
SERVICIO
SECRETO

SS

TRAFICO DE SANGRE Y FUEGO

**Burton
Hare**

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





SERVICIO SECRETO



BURTON HARE

TRÁFICO DE SANGRE Y FUEGO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.683

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.667 - Despedida de sangre.

En Colección PUNTO ROJO:
1.072 - Regreso a la muerte.

En Colección LA HUELLA:
130 - El funeral de las ratas.

ISBN 84 02 02513 7
Depósito legal: B. 30.549 - 1982
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1982
2.ª edición en América: mayo, 1983

© Burton Hare - 1982
Texto

©Desilo - 1982
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
frotos exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Como una distinción especial, el guardián le acompañó hasta la puerta. Antes de abrirla dijo:

—Se portó usted bien, Jordán. Espero que jamás vuelva por aquí.

Los ojos helados de Max Jordán relampaguearon un instante.

—Tal vez vuelva —murmuró—. Y no a causa de la nostalgia. La cárcel es siempre un mal recuerdo.

—Sí —dijo el guardián—. Pero es mejor no volver nunca.

Jordán se encogió de hombros. Cambió el bulto a la izquierda y estrechó la mano del guardián.

—Hasta la vista —dijo.

El policía sonrió.

—¿Por qué demonios cree que regresará? ¿Piensa que volverán a acusarle de contrabando?

Max Jordán se detuvo con un pie fuera del portón. Volvió la cabeza. Sus ojos eran dos simas de hielo.

—Si vuelvo —dijo—, será acusado de asesinato.

Salió. El guardián cerró poco a poco, mientras en sus oídos vibraba el eco de aquella voz salvaje que jamás le oyera al preso que ahora se alejaba, cabizbajo, por la explanada frontera al gran portón.

Cuando Jordán levantó la cabeza, vio el coche negro estacionado junto al inicio de la carretera. Siguió avanzando. El sol daba sobre los cristales del auto impidiéndole ver quién lo ocupaba.

Por un instante, se puso tenso al imaginar una posible emboscada. Luego se relajó y siguió adelante. Simple, o a cuál más complicado, según se tuvieran o no se tuvieran ganas de complicarse la vida y la espléndida tarde que estaba pasando con la cachonda vecina.

Vamos, cachonda era poco La señorita... señorita...

De repente, atónito. Amos Holden cayó en la cuenta de que ni siquiera conocía el apellido de Florrie. Sabía que se llamaba Florrie, o sea. Florence, o si prefiere Fió, o cualquier otro diminutivo cariñoso, pero nada más. La muchacha había aparecido en el edificio hacía un par de meses, instalándose en uno de los apartamentos del piso de encima al que ocupaba Amos, eso era todo. Habían coincidido varias veces en el ascensor, y se habían limitado a los mínimos saludos de cortesía entre vecinos. Ni siquiera habían hecho comentarios sobre el tiempo.

Hasta que de repente, aquella tarde...

—Pero, amorcito, despierta —le sacudió graciosamente Florrie.

Amos Holden la miró, parpadeó, reparó en que tenía el auricular del teléfono en la marta respingó, y lo llevó rápidamente a una de sus orejotas estilo Clark Gable.

—¡Diga! —exclamó.

—¿...?

—Por supuesto, soy yo. Y usted —se mostró sorprendido en verdad—, es el doctor Gannet, ¿no es cierto?

—¿...?

Amos miró de reojo a Florrie, que lo contemplaba risueña y como maravillada.

—No se preocupe. Es una amiga...

—Y desde esta tarde su amante —dijo Florrie, acercando su hermosísima boca al teléfono.

—Vamos. Florrie, no seas incordio —gruñó Amos.

—¿Qué hago mientras tú telefoneas? —protestó ella.

—Ve dándome besitos donde te venga de gusto.

—¡Buena idea! —exclamó gozosamente Florrie la Bella.

Porque era bellísima de verdad. Medía metro setenta y cinco, era rubia, rubia, rubia, rubia... y tenía un cuerpo super espléndido, más no en plan jamona vieja, sino en sirena joven, esbelta, flexible y delgadita, y con unas formas de pecho, caderas y piernas de matar hombres de amor. Su rostro era una delicia de picardía, su boca un festín de besos, y por si todo esto era poco, además de tener unos preciosos ojos color miel era inteligente y simpática.

¿Y cómo había llegado a la cama de Amos Holden?

Pues verán...

Amos volvió a respingar, regresando de su encantamiento y

recordando al doctor Gannet, que tenía al teléfono. También respingó porque Florrie había comenzado a darle besitos en el vientre, y eso, en realidad, casi lo hizo saltar de la cama.

—Es una amiga —dijo—. ¡Una amiga!

—¿...?

—Por supuesto que le escucho. Diga, diga.

La expresión de Amos Holden cambió a gran velocidad. De repente, se sentó mejor en la cama, dejando el rostro de Florrie soltando besos más abajo del vientre. La alteración fue visible en el rostro de Amos.

—Espere un momento —masculló—. ¿De qué me está hablando?

—¡...!

—Sí, entiendo eso del complot. Quiero decir que conozco la palabra. Pero, mire, doctor Gannet, usted debería saber que hace tres meses y pico que dejé el servicio de modo que todas esas cuestiones...

—¡...!

—He dicho una duda, no una certidumbre. Usted es un hombre de acción, un tipo extraño que ha vivido durante años a bordo de un poderoso yate equipado como un crucero. Cuando se encontró la droga en su poder nadie le creyó, pero ahora pienso si un fulano de sus antecedentes no se hubiera enfrentado cara a cara a una acusación si ésta hubiera sido verdadera.

—Puede estar seguro de ello.

El comisario le miró de reojo.

—No obstante, usted se dedicó al contrabando durante años.

—Sí, pero jamás de narcóticos.

—Eso afirmó en el juicio. Y ahora, la pregunta por cuya respuesta he realizado el viaje hasta la cárcel, Jordán.

—Adelante. Casi puedo adivinarla.

—¿Sigue resuello a buscar el autor de lo que usted llamó burda trampa?

Los dientes de Jordán se encajaron como un cepo. Un relámpago de ira estalló en su mirada y luego se desvaneció.

—Comisario, es usted divertido. ¿Espera que responda a esa pregunta?

—Se lo ruego. Usted no es un delincuente común.

—Gracias. Si —dijo, y su voz vibró de manera extraña, tan dura

que incluso el policía se estremeció—. Buscaré a esos bastardos, y cuando los encuentre los mataré.

Burgoine asintió con un lento cabezazo.

—Aposté conmigo mismo que diría eso.

—Ganó.

—Sí. Está usted loco. Jordán.

—Es posible. No pienso discutir por eso.

—Voy a mantenerle bajo control, le guste o no. No deseo ver las calles de París convertidas en una sucursal de Chicago. ¿Quiere un consejo?

—¿Por qué no? Me gustan los consejos, aunque jamás sigo ninguno.

—Lárguese. La Costa Azul es un paraíso en esta época del año. Sé que usted puede permitirse ese lujo. Ojalá pudiera yo... Bueno, al diablo. Cada uno debe permanecer en su propio mundo. ¿Qué responde?

—¿Por qué la Costa Azul?

—Porque también es Francia, puede usted presentarse a la policía, y yo podré dormir tranquilo sin que me despierten los estampidos de las armas de fuego en las calles.

Jordán se echó a reír sin alegría alguna.

—Usted ha leído demasiadas novelas, comisario. Hoy día se utilizan silenciadores muy eficaces. Los disparos no molestan a nadie, excepto al que recibe el chinazo.

—Usted sabe bien lo que quiero decir.

—Lo sé.

—¿Y...?

—Tal vez siga su consejo. Lo sabré dentro de un par de días.

—Está bien, pero quiero que sepa que durante ese tiempo estará bajo control.

—¿De veras me considera tan importante?

—Sé perfectamente que «es» importante. Si quiere hacerse matar, hágalo fuera de mi jurisdicción. ¿Entiende?

—Perfectamente.

Tras una larga pausa, el comisario dijo de pronto:

—La chica, esa pelirroja de cuerpo escultural...

—¿Karin?

—Justamente. Sigue viviendo en el mismo lugar.

—¡No me diga!

—Seguro. Me pregunto quién cubre sus gastos. El apartamento es un palacio cuyo alquiler debe ser superior a la totalidad de mi sueldo.

—Es una gran chica.

—Sí. ¿Quiere que le lleve a su casa? He de dejarle en alguna parte.

—Olvídelo. Quiero dar un paseo por las calles antes de ver a los conocidos. Sólo para ambientarme, ¿comprende?

—Claro, claro...

Entraron en París. Max miró con curiosidad el ajetreo de las calles, la multitud que se apretujaba por todas partes.

Pero sobre todo miró a las mujeres. Eran las primeras que veía en tres años.

Tres años son una eternidad para un hombre como él.

El comisario pareció adivinar sus pensamientos, porque comentó:

—¿Se fija usted? Las mujeres siguen siendo tan bellas como siempre. Lo único que ha cambiado en ellas es el vestido.

—Usted tiene una mente obscena, comisario.

—Sí, claro...

—Puede dejarme aquí. Seguiré andando y cuando me canse llamaré aun taxi.

—Estamos en los suburbios todavía, Jordán. Le dejaré en el centro, ¿no le parece? Max sonrió entre dientes, pero no replicó.

Media hora más tarde, el comisario Burgoine detuvo el coche junto al bordillo y se volvió en el asiento.

—Recuérdelo. Jordán... Vaya a hacerse matar a otra parte, ¿sí?

—No le crearé problemas si es eso lo que teme. Los hombres que busco no están en París.

—¿Cómo demonios puede saberlo?

—Porque les conozco.

Abrió la portezuela y se apeó, cerrándola de un golpe. Hizo un burlón gesto de despedida y echó a andar por la acera, incrustándose entre la gente.

Un hombre vestido de gris, que había estado examinando las mercancías en un escaparate, perdió todo interés por ellas y emprendió la marcha detrás de Jordán.

Desde el coche, el comisario suspiró, satisfecho. Luego apartó el auto de la acera y reanudó su camino.

CAPÍTULO II

El hombre vestido de gris se detuvo cuando vio a Jordán entrar en una cabina telefónica. Luego, reanudó la persecución sin perder de vista al expresidiario.

Jordán anduvo más de una hora, a buen paso, sin aparente rumbo. El hombre del traje gris sentía el sudor perlarle la frente cuando su perseguido entró en un bar cuyo rótulo anunciaba también un salón de billares. Suspiró, pensando que por lo menos podría descansar unos minutos.

El descanso se prolongó por espacio de un cuarto de hora. Pasado ese tiempo, el hombre empezó a preocuparse y entró en el establecimiento. Había tres clientes en la barra. En las mesas, algunos parroquianos discutían en voz alta.

Jordán no estaba a la vista.

Quizá en los billares.

El hombre de gris se internó en la penumbra, hasta donde las luces verdosas alumbraban las mesas de billar. Sólo en una de ellas había una reñida partida entablada entre dos jovenzuelos de largas melenas.

De Jordán, ni el menor rastro.

Cinco minutos después, el inquieto sabueso descubrió la salida posterior del establecimiento. No se dio a todos los diablos porque no tenía tiempo para ello. Sólo buscó un teléfono, marcó un número y estableció comunicación con el comisario Burgoine.

—Lo perdí, comisario —balbuceó, apurado.

Burgoine refunfuñó al otro extremo de la línea.

—¿Dónde? —preguntó.

—En un salón de billares. Entró. Llevábamos más de una hora de paseo sin rumbo. Salió por un callejón posterior.

—Está bien, comprendo... Quizá vaya a visitar a la pelirroja y Juvanel pueda «recogerle» allí.

—Y yo, ¿qué hago, señor comisario?

La voz meliflua de su jefe dijo:

—Puede regresar, si es capaz de hallar el camino de la prefectura.

Sonó un chasquido y el teléfono enmudeció. El hombre del traje gris se pasó un pañuelo por la frente y no pudo contener un suspiro de alivio. Después de todo, el estallido que esperaba no se produjo.

De modo que emprendió el camino de vuelta a la oficina del comisario. En parte se alegró de lo sucedido porque estaba cansado de tanto andar...

Max Jordán se detuvo en la esquina de las calles Colombie y Jasmin, en Montmartre. Dio un vistazo a la casa de dos plantas de pulcra fachada. Había un pequeño jardín por encima de cuya tapia de ladrillo se desbordaba la madreSelva.

Avanzó hasta la entrada. Empujó la puerta de hierro y se coló al interior del jardín.

Multitud de flores brillaban aquí y allá con vivos colores. Sonrió para sí, Giuseppe no había perdido sus aficiones.

El italiano empuñaba una regadera y estaba inclinado sobre un parterre, examinando con atención un macizo de rosas.

—Tienen un bello color, Giuseppe —comentó Jordán. El aludido giró sobre sus talones y una amplia sonrisa alegró su rostro, curtido y rudo.

—¡Max!

Se abrazaron efusivamente. Luego el italiano comentó:

—Cuando escuché tu voz por teléfono apenas pude creer que fueras tú... Pero vamos a tomar una copa, muchacho... ¡Madre mía, Max! Apenas has cambiado nada...

—Mucho más de lo que imaginas.

Entraron en la casa. En contraste con el pulcro jardín, el interior era una leonera desordenada, con periódicos y revistas esparcidos por todas partes. Ceniceros rebosantes de colillas, vasos de licor aquí y allá, almohadones desperdigados sobre la alfombra, sin orden ni concierto. Los muebles eran cómodos y los cuadros de las paredes, alegres manchas de color.

Giuseppe Pelossi barrió un montón de periódicos de un manotazo, dejando libre un enorme butacón.

—Siéntate, muchacho. ¿Qué prefieres? ¿Coñac?

—Sea por el coñac.

Max le siguió con la mirada mientras preparaba dos panzudas copas, en las que vertió una descomunal cantidad de licor.

Bebieron unos sorbos en silencio. Jordán encendió un cigarrillo. El italiano dijo:

—Recibí todas tus notas. Max. Fue milagroso que no descubrieran ninguna.

—El dinero consigue esos milagros. Quiero informes lo más exactos posible. ¿Los conseguiste?

—Hice lo que pude. Lombard y Ribeire están trabajando también en eso.

—¿Y el yate?

Giuseppe se echó a reír.

—Fue divertido. Lo sacaron a subasta por haber sido capturado con drogas a bordo. Lombard se lo adjudicó y lo ha cuidado como si fueras tú mismo.

Jordán asintió con un gesto.

—¿Dónde está ahora?

—En Niza.

—¿Y la gente?

—Bueno, ya sabes que no pudieron acusarles de nada. Tú cargaste con el mochuelo. Los tres siguen a bordo.

—Está bien. Ahora dime qué has averiguado sobre esos bastardos.

Pelossi encendió un cigarrillo y se dejó caer sentado sobre un almohadón de gran tamaño.

—Han prosperado mucho. Max.

—¿Los cuatro?

—Todos ellos. Cuántos formaban el comando de acción ascendieron, supongo que por «méritos». Sospecho que el éxito de vencerte a ti influyó mucho en su carrera.

—Ya me ocuparé de interrumpírsela... ¿Dónde están?

—Sólo conozco el paradero de Moshe Kibler y de Jan Dachs. Kibler es el jefe de la misión comercial de su país. Tiene una gran residencia en la Avenida Foch. Da lujosas recepciones y todo eso. Dos coches, un «Mercedes» y un «Cadillac». «El Mercedes» con matrícula diplomática. Se casó. Su mujer es americana, podrida de dinero. Realiza campañas en favor de su causa reuniendo fondos en

grande.

—Eso es conmovedor —gruñó Jordán con sarcasmo—. Sigue.

—Jan Dachs está en Cannes. Preside una compañía de exportaciones, y no es necesario estrujarse los sesos para adivinar qué exporta y dónde lo envía.

—Sigue.

—Muy influyentes. Grandes nombres de la política de Francia se mueven como hormigas cuando él les llama por teléfono. También mantiene en su mano fuertes paquetes de acciones que le permiten controlar algunos periódicos y agencias de publicidad.

—La vieja historia. ¿Hay algo más?

—Sólo su residencia en Cannes. Un auténtico palacio encaramado en la colina. Jardín inmenso, instalaciones de alarma, guardaespaldas armados y fiestas fastuosas de vez en cuando.

—¿Qué hay de Masarck Gottwald?

El italiano se encogió de hombros.

—Ni una palabra. Gottwald fue ascendido a coronel después de tu proceso, pero nadie sabe dónde anda. Es escurridizo como una serpiente, ya lo sabes. Igual puede estar en París como en Roma, o en Brasil. Te aseguro que me gustaría mucho poder ajustarle las cuentas.

—Nos ocuparemos de hacerle salir a la luz del día. Háblame de Masarck.

—Tampoco hemos podido localizarlo. Pero hace cosa de un año crearon una nueva compañía naviera y le dieron su nombre. Sin embargo, sólo su nombre, porque él no aparece jamás por las oficinas generales, establecidas en Marsella. Nadie le ha visto nunca.

Max Jordán cabeceó, asintiendo. Reflexionó durante un rato, saboreando el coñac a pequeños sorbos.

De pronto. Pelossi murmuró:

—Se me ocurre que ellos también estarán enterados a estas horas de que has salido en libertad. Max.

—Sin duda alguna.

—¿Crees que seguirán guardándote rencor?

—Con toda seguridad. Esos matarifes no perdonan jamás. Son implacables y vengativos como el demonio y poseen una organización perfecta. Lo han demostrado a lo largo de años y años

de fechorías internacionales.

—Encubiertas por sus poderosos medios de información —le interrumpió Pelossi, preocupado—. ¿Qué piensas que harán respecto a ti?

Max se encogió de hombros.

—No lo sé. Me apartaron de la circulación cuando más podía perjudicarles. Quizá decidan quitarme de en medio definitivamente. Pero ahora tropezaran con algo muy duro, Giuseppe.

—No podrás luchar con toda su organización.

—No he pensado hacerlo. Pero les asestaré algunos golpes tan destructivos que empezarán a preocuparse. Hasta ahora nadie se atrevió a hacerlo. Sólo ellos han raptado, asesinado y desvalijado en nombre de su causa. Utilizaré sus mismos medios.

—Y te matarán.

Jordán esbozó una mueca.

—Bueno —dijo, ceñudo—. No será la primera vez que lo intentan.

Se levantó, acercándose al ventanal y dejando vagar la mirada por el hermoso jardín. Desde allí preguntó con voz tensa:

—¿Cómo está Karin?

El italiano carraspeó.

—Hace días que no la veo... Sigue siendo tan bella como siempre. Y te espera. Max. Te ha esperado todos estos años. ¿Quieres que te diga una cosa? Siempre pensé que tu primera visita cuando salieras de la cárcel sería para ella.

Jordán se estremeció.

—Quise verte primero a ti, entre otras razones porque estaba demasiado excitado. Ahora me siento mucho más tranquilo.

—Lo comprendo.

Max se volvió. Había una leve sonrisa en sus labios.

—No te pregunté por tu hermana, Giuseppe, perdóname. ¿Cómo está?

El italiano gesticuló al hablar.

—¡Oh, Sonia está perfectamente! —exclamó—. Es una cabeza loca que no puedo controlar. Pero es... Bueno, tan bella que no puedo enfurecerme con ella... «Bellísima», mi amigo. Pero tan loca como una cabra.

Max se echó a reír por primera vez con toda sinceridad. Luego

comentó:

—La recuerdo como una linda chiquilla pecosa... ¿Cuántos años tenía cuando me trincaron, catorce?

—¿Catorce? —se escandalizó el italiano—. ¡Había cumplido diecisiete, idiota!

—¡Demonios!

—Nunca te fijaste muy bien en ella, ésa es la verdad. Ya la verás cualquier día de éstos.

—¿No vive contigo?

—Teóricamente sí, pero pasa mucho tiempo en casa de mi otra hermana, en Lyon.

—Entiendo.

Reinó otro silencio. Inopinadamente. Max alargó el brazo y descolgó el teléfono. Tardó unos segundos en oír el zumbido de la línea y refunfuñó entre dientes. Después, marcó un número que durante tres años había recordado miles de veces y esperó.

Una voz suave, aterciopelada, susurró al otro lado del hilo:

—¿Dígame?

—¿Karin?

—Sí... ¿Quién...?

—Max.

Silencio. Algo semejante a un quejido y luego una explosión de palabras que Max no logró entender.

—Calma, gatita —dijo con voz poco segura—. No comprendo nada de cuánto dices.

—¡Max, querido...!

—Ahora sí.

—¿Dónde estás, por qué no has venido aquí, cuándo saliste, querido mío?

—Demasiadas preguntas a la vez, nena. Estoy en casa de Giuseppe.

—¡No sabes cuánto te he echado de menos, Max!

—Y yo a ti.

—Max...

—¿Sí?

—Tengo que decirte algo muy importante.

—¿Sólo eso?

—Y todo mi amor para ti. Quizá debí hablarte primero de ese

amor, pero también quiero decirte lo otro.

—Dímelo ahora.

—No, no por teléfono. Quiero verte. Max. Ahora, en este instante.

—Estaré contigo dentro de media hora poco más o menos. ¿Está bien así?

—¡Oh, sí, sí! Cada minuto estaré esperándote junto a la puerta.

—Buena chica. Hasta ahora, cariño.

Colgó, confesándose que se sentía mucho más emocionado de lo que creyera jamás.

Pelossi le miraba sardónicamente.

—¿Vas a irte ahora? —preguntó sonriendo.

—Sí, pero antes dime algo más. Giuseppe.

—Pregunta.

—Se me ocurre que podemos asestarles algunos golpes espectaculares a esa camada de chacales.

—¿De qué manera?

—Averigua qué buques navegan bajo el pabellón de la compañía de Masark y, si es posible, la situación y cargamento de que llevan. ¿Crees que podrás conseguirlo?

—Eso es un juego de niños para mí.

—Muy bien. Y diles a todos los demás que me gustaría verlos mañana por la mañana.

—¿Dónde, Max?

—Elige tú el lugar. Sólo asegúrate de que nadie podrá meter las narices en lo que hablemos.

—Conforme. Y ahora deja que yo te haga también una pregunta, antes de que te largues.

—Dispara.

—¿Piensas continuar con el tráfico?

Jordán titubeó.

—Tal vez, aunque ahora la cosa es más difícil. Son los gobiernos legalmente establecidos los que trafican con armas en gran escala. Apenas podemos hacer nada por nuestra cuenta... Pero tengo algunas ideas al respecto, Giuseppe. ¿Están dispuestos todos a seguir con lo mismo?

—Si tú lo diriges, sí. Y yo en cabeza.

Max estrechó la mano del italiano efusivamente.

—Mañana hablaremos —dijo.

Y salió apresuradamente. La lealtad de Giuseppe y la fe de sus antiguos hombres le habían conmovido, cuando ya creía que no había nada en el mundo capaz de alterar sus sentimientos.

Anduvo cabizbajo pensando en Karin por encima de todas las cosas, imaginando sus caricias y sus besos después de tanto tiempo de esperar...

Tres años aguardando los brazos de Karin, soñando con ella, mordiéndose los puños de ira e impaciencia por hallarse entre los recios muros del penal...

Y ahora ella estaba al alcance de la mano.

CAPÍTULO III

Una fuerza extraña le detuvo ante el portal del edificio de apartamentos. La fachada era lujosa y el vestíbulo gratamente sumido en penumbra. Brillaba el mármol y los metales costosos allí dentro, y en alguna parte el altivo conserje debería encontrarse velando por la tranquilidad de los inquilinos. Max se preguntó si sería el mismo que él conociera cuando alquiló el piso para Karin.

Entró y buscó al hombre con la mirada. No pudo verlo por ninguna parte. Se encogió de hombros, entró en el ascensor y disparó el aparato hacia la planta novena.

Por supuesto, antes de entrar descubrió al individuo apostado al otro lado de la calle. Un hombre vestido de oscuro al que, cuando le miró, le entraron súbitas prisas por enterarse de las noticias del periódico.

Ya había contado con que el comisario Burgoine desperdigara sus sabuesos por los lugares factibles de ser visitados por él. Claramente le había advertido que le mantendría bajo control.

Salió al pasillo. La alfombra ahogó sus pasos mientras lo recorría hasta la puerta del fondo.

Sorprendido, se dio cuenta de que su mano temblaba cuando la dirigió hacia el timbre. Oyó el apagado campanilleo al otro lado y aguardó.

Entonces recordó que entre sus propias llaves había una del apartamento. Sonrió para sí. No quería utilizarla. Era mejor que Karin abriera la puerta por sí misma y cayera así en sus brazos.

Pero la puerta no se abrió.

Max arrugó el ceño. Tal vez estuviera en el baño o acicalándose ante el tocador.

Volvió a pulsar el botón del timbre. Ahora notó cómo la impaciencia le dominaba a cada segundo que transcurría.

La puerta siguió cerrada.

Por primera vez, Jordán sintió crecer una inexplicable inquietud. Karin debiera haber estado esperándole con incontenible impaciencia.

Sacó el llavero. La llave giró suavemente en la cerradura y él entró.

Reinaba un silencio absoluto en el interior. La luz del ventanal alumbraba los cuadros que unos años antes eligieran juntos, y los lujosos muebles y alfombras. Todo estaba igual. Ella lo había conservado así por él, estaba seguro.

—¡Karin!

Su voz sonó opaca dentro del lugar cerrado.

Avanzó y abrió la puerta que comunicaba con el *living*. No estaba allí.

Lo atravesó.

Karin le esperaba en el dormitorio.

Muerta.

Max se detuvo como alcanzado por un rayo. Había sangre en las blancas sábanas y sobre la mullida alfombra azul...

Y en el hermoso cuerpo del que las ropas habían sido arrancadas a zarpazos.

La sangre fluía todavía, mansa, de las salvajes heridas.

Por un instante, todo giró en torno a Jordán. Una marea roja le envolvió, mezcla de dolor, de ira y un loco furor que rugía dentro de su cerebro.

Después, avanzó hasta detenerse junto al lecho. Los ojos muertos, semejantes a cuentas de cristal, parecieron mirarle con reproche por haber llegado demasiado tarde. Maquinal mente, alargó la mano y los cerró con las pumas de los dedos.

Cuando abandonó el apartamento lo hizo pausadamente, conteniéndose con todas sus fuerzas, rechinando los dientes y, sobre todo ello, odiando como jamás creyó que pudiera odiar a nadie. Descendió al vestíbulo y gritó:

—¡Jean! ¿Me oye? ¡Jean!

No obtuvo respuesta. De un brinco estuvo al otro lado del pequeño mostrador de caoba. Empujó la puerta que comunicaba con las dependencias privadas del conserje.

Jean estaba tumbado en el suelo, amordazado, las manos y los pies sujetos por esposas de acero, tan inmóvil como un cadáver.

Comprobó que se hallaba inconsciente y no lo tocó. Retrocedió hasta la calle y miró arriba y abajo. Sabía que era demasiado tarde para cazar a los asesinos, pero también sabía que eran gentes de una audacia increíble que otras veces se habían quedado cerca del escenario de sus hazañas sólo para disfrutar de su éxito...

Atravesó la calle. El interesado lector del periódico dio un salto cuando una garra le arrancó el diario de las manos y lo arrojó al arroyo.

—¡Oiga! —bufó el hombre vestido de oscuro—. ¿Qué demonios...?

—Venga conmigo.

—¿Está loco o qué?

—No haga teatro. Llamaré al comisario. Hay trabajo para él y para usted.

—No sé de qué me habla. Si está chiflado, haga que le vea un doctor, pero...

De un empujón, Max le lanzó hacia la calzada. Siguió empujándole hasta el otro lado y el policía llegó al convencimiento de que ya no tenía objeto seguir fingiendo, de modo que se plantó en la acera asentando los pies en el suelo con firmeza.

—¡Ya basta! —Gruñó—. ¿Qué le pasa a usted, hombre?

—¿A quién ha visto entrar y salir de esta casa en los últimos veinte minutos? Usted estaba vigilando al otro lado.

—¡Maldito, sí...!

La zarpa de Jordán le sujetó por las solapas y casi lo levantó en vilo.

—¡Usted me esperaba a mí para seguirme cuando saliera! De modo que no pierda más tiempo. Entre ahí o le arrojaré de cabeza.

El hombre abrió la boca, pero renunció a toda discusión al fijarse en la salvaje expresión de Jordán. Retrocedió hacia el interior del vestíbulo.

Cuando vio al conserje, dio un respingo. Tras él, Max, casi ordenó:

—Ahora llame al comisario Burgoine. Eso es trabajo para él.

El agente se precipitó al teléfono. Max aprovechó para librar al conserje de su mordaza y tratar de reanimarle. No se ocupó de las esposas por cuanto necesitaban otros medios para abrirlas sin llave. Oyó confusamente la voz del policía. No entendió nada porque

todas sus facultades parecían haberse concentrado en el profundo dolor que le torturaba...

El comisario Burgoine salió del dormitorio de Karin y se detuvo frente a Max. Había una mirada perpleja en sus ojos vivos.

—No comprendo, Jordán. ¿Por qué la han matado justa mente ahora, si es cierto que usted tiene razón?

—Sé que tengo razón, comisario. Son las mismas gentes que me hundieron a mí.

—Pero ¿por qué han esperado tres años a matarla? Es absurdo.

—No lo es. Han conseguido dos cosas de un solo golpe. Cerrarle la boca y causarme el mayor dolor... Yo amaba a Karin y ellos lo saben.

Burgoine sacudió la cabeza.

—Pudieron cerrarle la boca igualmente durante esos tres años. ¿Cómo sabían que ella no hablaría entretanto?

—Revise su teléfono.

—¿Qué?

—Apuesto a que está intervenido. Oyeron la conversación que sostuvo conmigo. Me dijo que tenía algo muy importante que comunicarme. Eso les forzó a actuar de inmediato.

—Ordenaré que revisen toda la línea, pero...

Se acercó a sus hombres y dio unas órdenes. Después regresó junto a Jordán.

—Juvanel, el agente que aguardaba en la calle, dice que entraron tres hombres. Estuvieron en el edificio menos de diez minutos y volvieron a salir, marchándose en un coche negro.

—Uno de sus «comandos». Siempre trabajan de tres en tres.

—Usted sigue con su idea, ¿eh?

Jordán le dirigió una mirada iracunda.

El comisario se apartó de él para atender a los tecnicismos de los peritos. Los chispazos de los fotógrafos relampagueaban en el dormitorio.

Max fumó un cigarrillo tras otro, tratando de que la idea de Karin muerta se aposentara en su mente definitivamente. Era algo increíble, entre otras razones porque jamás pensó que fueran capaces de asestarle un golpe tan bajo, tan ruin y cobarde, ejecutado con una ferocidad terrible, sin límites...

—No hay ninguna derivación en el teléfono. Jordán.

Dio un respingo.

—¿Qué?

—Estaba usted equivocado. La línea telefónica está libre. Nadie la ha interceptado.

Se levantó, con un escalofrío deslizándose por su espalda.

—Ya veo —murmuró.

—Y ahora, ¿ha cambiado de idea?

—No. ¿Puedo irme?

—Seguro, nada tiene que hacer aquí. Pero déjeme decirle...

—Ahórrese el discurso, comisario.

Salió del apartamento y se alejó. Nadie intentó seguirle esta vez. No obstante, para estar absolutamente seguro, tomó un taxi y obligó al taxista a dar vueltas sin rumbo, lanzándose a veces por estrechas calles de dirección única.

Abandonó el taxi cerca de Les Halles y prosiguió a pie.

Tomó otro diez minutos más tarde, sólo para comprobar que nadie estaba sobre sus pasos. Dio una imprecisa dirección de Montmartre y recostándose en el asiento reflexionó profundamente, mientras su rencor iba creciendo más y más.

Cuando se apeó estaba a quince minutos de camino de la casa rodeada de jardín en la que Giuseppe cuidaba sus flores...

Pero descuidaba lamentablemente su teléfono.

CAPÍTULO IV

Giuseppe soltó una sarta de maldiciones en su idioma al ver el diminuto artilugio incrustado en el cable telefónico. Max lo examinó cuidadosamente antes de tocarlo.

Estaba en la parte posterior de la casa, junto a la salida del cable. Era del tamaño de un botón y estaba sujeto al hilo por unas diminutas pinzas metálicas.

—Un micrófono autónomo —comentó Jordán—. Debe tener un alcance de una milla como máximo...

—¡Los hijos de perra! —barbotó Pelossi.

—¿Has convocado a los demás después de irme?

—No, todavía no. Déjame que arranque ese trasto. Se lo haré comer al primero de ellos que caiga en mis manos.

—Tú no harás nada de eso. Déjalo tal como está. Quizá pueda sernos útil más adelante. Vamos dentro.

Entraron en el desordenado interior de la casa. Max estaba muy pálido y Pelossi pensó que jamás había visto una expresión semejante en su amigo, ni siquiera cuando le condenaron.

—¿Quieres un trago?

—Ahora no. Lo que necesito es una pistola, Giuseppe.

El italiano gruñó:

—Estás en libertad condicional. ¿Sabes lo que te sucedería si te detuviesen con un arma encima? Jordán le miró fijamente.

—Después de lo sucedido hoy, nadie volverá a detenerme vivo jamás. Trae esa pistola de una vez.

—Está bien, está bien...

Max quedó solo. Su mente era un caos endiablado en la que se mezclaban el dolor, las ansias de venganza y los más descabellados proyectos.

Cuando el italiano volvió, traía una caja de cartón que depositó sobre la mesa.

Max la abrió. Sacó una pistola automática «Mauser» de gran calibre y la hizo saltar en la palma de la mano. Era pesada y segura.

De la misma caja tomó tres cargadores y un puñado de cartuchos. Los llenó con la dotación completa. Luego introdujo uno en la culata del arma, corrió el cierre y deslizó una de las balas en la recámara.

Giuseppe contemplaba todo eso en silencio. Una profunda arruga partía su frente por la mitad. —Hay un silenciador en la caja —dijo de pronto—. Quizá te sea útil.

—Lo guardaré.

Se miraron unos segundos en silencio. Luego, Max gruñó:

—¿Qué fue de El Hassan?

—Está en París. Su pintura ha mejorado mucho últimamente.

—Dile que quiero verlo esta noche.

—¿Dónde?

—En mi viejo estudio La policía ignora todo lo referente a ese lugar. Y no creo que esos bastardos sepan nada tampoco. Estaré allí.

—Conforme. Y... ten cuidado, Max.

—A partir de esta noche, quienes deberán tener cuidado serán ellos, porque nadie les habrá combatido con tanta ferocidad como lo haré yo. Maldecirán el instante en que se les ocurrió asesinar a Karin.

Se encaminó a la salida seguido del preocupado italiano.

Antes de que pudieran llegar a la puerta, una llave se introdujo en la cerradura por la parte exterior. La puerta se abrió y una muchacha quedó enmarcada en el umbral.

Giuseppe dejó escapar un sordo juramento.

—¡Justamente ahora! —barbotó.

La muchacha enarcó las cejas.

—¿Qué te pasa? Oh, tienes visita... ¿quién...?

De pronto, se interrumpió y entró de un salto. Max esbozó una forzada sonrisa.

—¡Max, tú! —exclamó.

—Hola, Sonia...

—¡Dios Santo!

Se echó en sus brazos y quedó colgada de su cuello, riendo como una niña: Max la sostuvo en vilo durante unos instantes y después la apartó suavemente.

—Has cambiado mucho, pequeña —murmuró.

—¡Nada de pequeña! Soy una mujer, Max.

—No hay más que verte.

Lo era sin la menor duda. Tenía un cuerpo prieto de largas y bellas piernas, fina cintura y agresivo busto. Su rostro y ya no conservaba el menor rastro de las graciosas pecas que Max recordaba; en su lugar había aparecido un cutis terso y suave, en el que los labios eran rojos y tentadores, en una boca apta para la risa.

Sus ojos azules albergaban diminutas chispas de picardía, pero en esos instantes del reencuentro estaban llenos de afecto y quizá un poco húmedos.

—Quise ir a verte muchas veces, Max —confesó con voz velada

—. Sólo que el cabezota de mi hermano no me lo permitió nunca.

—Fui yo quien no quiso que nadie fuera a visitarme.

—¿Vas a quedarte aquí, Max?

—¿Dónde?

—En París.

—No lo sé.

Giuseppe intervino con brusquedad.

—Déjale en paz, Sonia. Max lleva prisa.

Ella esbozó un mohín.

—Entiendo. Debí haberlo supuesto.

—¿Qué? —dijo Max.

—Ella.

Las facciones de Jordán se contrajeron y un relámpago estalló en su mirada.

—En parte sí —dijo con voz sorda—. Giuseppe te contará. Ahora debo irme. Te veré pronto, linda. Inclino la cabeza y la besó rápidamente en la mejilla. Ella movió la cara de modo que sus labios rozaron los de Max antes que éste pudiera separarse. Luego, él salió y Giuseppe cerró la puerta poco a poco.

Sonia susurró:

—¿Cuándo volvió, Giuseppe?

—Esta tarde.

—¿Y todavía no vio a Karin?

—Sí... si la vio.

—Lo supuse.

—La vio muerta.

Ella contuvo el aliento. Se estremeció violentamente y sus dedos se cerraron en torno a los brazos de su hermano.

—¿Qué dices?

—Te lo explicaré, pero antes deja que tome un trago. Estoy seco.

—¡Maldita sea! Quiero saberlo ahora, ¿entiendes?

Giuseppe hizo una mueca y achicó los ojos.

—Siempre has estado enamorada de él, ¿no?

Sonia dio un respingo.

—Tú lo sabes tan bien como yo. Sólo que entonces él era un hombre y yo una niña. Ahora, él sigue siendo un hombre, pero yo soy una mujer.

—Si quieres un consejo, hermana, olvídalo. Jordán no vivirá mucho. Sólo encontrarás dolor y amargura a su lado.

—¿Y tú dices que eres su amigo?

—No creo que tenga otro mejor.

—Cuéntame lo de Karin... ahora.

Giuseppe llenó una copa de coñac. Entre sorbo y sorbo relató toda la historia...

El árabe tendría aproximadamente treinta y cinco años, era de estatura mediana, fuerte y de rostro aguileño. Sus ojos relucían como brasas, bajo unas cejas espesas como cepillos.

—Puedo proporcionarle cuánto pides —dijo—. Pero me gustaría saber en qué endiablado lió piensas meterte. Max.

—Eso es cuenta mía. ¿Cuándo lo tendré?

—Esta misma noche... Dentro de dos horas tal vez.

—Perfecto. Esperaré aquí. ¿Otro coñac?

El árabe sonrió.

—No, gracias, muchacho. Está bien que olvide mis creencias de vez en cuando respecto a beber alcohol, pero cuando las recuerdo siempre las respeto, tú sabes.

—Si eso es así, resultas un tipo muy olvidadizo... ¿En qué situación está actualmente el comercio de armas?

Al El Hassan hizo un ademán como si espantara una mosca.

—Muy mal. A pesar de cuánto dicen los periódicos, es difícil conseguir que los gobiernos accedan a vendernos armamento...

—De modo que si «alguien» lo hiciera...

—Sería recibido con los brazos abiertos. Pero déjame decirte que vas a tropezar con infinitas dificultades, Max. Los tiempos han

cambiado mucho en estos años.

—Tengo alguna idea al respecto. Hablaremos cuando sepa algo concreto, pero para eso necesito también tu ayuda.

—Cuenta con ella.

—Bajo tu fachada de pintor más o menos bohemio, escondes una organización muy efectiva. Al... —Sigue.

—Cuando vuelvas dentro de dos horas, tráeme todos los informes que tengas sobre los embarques efectuados en los buques de la compañía Masarck en el puerto de Amberes, y si te es posible, los detalles de las rutas que siguen.

El árabe se levantó. Una fugaz sonrisa aleteó en sus delgados labios.

—No voy a preguntarte cuál es tu idea, aunque no sería difícil adivinarlo. Y si es así, voy a creer que esos tres años de encierro han alterado tu cerebro.

Giró sobre sus talones y se fue.

Max cerró la puerta, se tendió sobre el diván y apagó la luz del pequeño estudio. Un instante después estaba dormido.

CAPÍTULO V

La gran residencia de la Avenida Foch, a las dos de la madrugada, era un brillante resplandor de luces desbordándose fuera de los ventanales, por encima de la alta cerca que rodeaba el jardín.

El edificio era antiguo y pasado de moda, pero conservaba la prestancia de las viejas glorias de otra época. A su alrededor se elevaban altas construcciones de hormigón, acero y cristal y, al otro lado de la Avenida, viejas casas de cuatro o cinco plantas, tras cuyas fachadas los propietarios habían convertido los pisos originales en minúsculos apartamentos amueblados.

Pero la residencia de Moshe Kibler despreciaba cuanto hubiera a su alrededor para pregonar el poderío de una casta, el lujo que una posición privilegiada sostenía contra viento y marea.

Desde cierta distancia. Jordán contempló todo eso con ojos entrecerrados y vigilantes.

Multitud de grandes automóviles aparecían estacionados en dos hileras a lo largo de la calle, algunos con sus chóferes aburridos, fumando cigarrillos.

Junto al portalón de entrada había dos gendarmes, tan aburridos como los chóferes. Max comprendió que nadie sin invitación podría cruzar aquella puerta...

Retrocedió, cargado con la cartera de mano que el árabe le había proporcionado. Anduvo más de cinco minutos, hasta llegar a la calle posterior. Calculó la situación de la residencia. A la misma altura de ésta, en la calle secundaria, se elevaba una casa de cuatro plantas. Todas las ventanas estaban a oscuras.

Los bajos, ocupados por una tienda de comestibles, le dieron la idea.

Esperó, oculto en las sombras, a que toda la extensión de la calle quedara desierta. Luego, tanteó dentro de la cartera con cuidado

hasta que encontró el pequeño estuche de piel. Lo sacó y dejó la cartera en el suelo.

El estuche contenía una fina colección de ganzúas. Con una de ellas trabajó en la cerradura de la tienda hasta conseguir abrirla. Un último vistazo a su alrededor, y tomando la cartera se coló en el interior, cerrando a sus espaldas.

Atravesó la trastienda. Había un pequeño patio en el que se amontonaban cajas vacías, de madera y de cartón grueso. Apiló algunas de las cajas hasta conseguir asomarse por encima de la cerca.

Veía el resplandor de las luces del jardín de Kibler. Entre la alta pared de éste y el patio en que se hallaba había un estrecho callejón que en un extremo moría en la fachada trasera de un edificio de apartamentos, y por el otro estaba cerrado por una puerta de hierro. Un callejón muerto que parecía separar dos mundos diametralmente opuestos.

Saltó a él sin ruido, para examinar el muro de ladrillo que se elevaba por encima de su cabeza. Seguramente habría dispositivos de alarma que, en caso de ser disparados, lanzarían su llamada por encima de la música que vibraba en sus oídos, amortiguada por la distancia.

De la cartera extrajo una cuerda de nudos cuidadosamente enrollada. En un extremo llevaba un garfio de acero recubierto de caucho.

El garfio se fijó sólidamente sobre el muro cuando lo lanzó. Unos segundos después, Max asomaba la mirada por encima de la cerca.

El jardín, por esa parte, estaba oscuro. Distinguió los parterres y un sendero de gravilla y, tras los árboles, el centelleo de las ventanas iluminadas.

Con infinito cuidado tanteó la pared hasta donde pudo alcanzar con la mano. No encontró nada sospechoso.

Pasó la cuerda al otro lado. Siempre sin abandonar la cartera de cuero, se deslizó hasta que sus pies pisaron un mullido césped.

Escrutó las sombras que le rodeaban. Debía haber guardianes en alguna parte si los informes de Giuseppe eran ciertos.

Avanzó acercándose a un oscuro pabellón que se alzaba a poca distancia del edificio. Era el garaje y allí estaban el «Mercedes» con matrícula diplomática y un «Cadillac» negro y de cromados

relucientes.

De nuevo, su mano tanteó dentro de la cartera y extrajo dos estuches no mayores que un paquete de cigarrillos. Tendiéndose en el suelo, los fijó mediante una ventosa a los de pósitos de gasolina de cada coche.

Abandonó el garaje. Apenas había dado dos pasos fuera de él cuando una voz queda y amenazadora le advirtió:

—Tiene una pistola apuntada a los riñones. Ponga las manos detrás de la nuca.

Dejó caer la cartera y obedeció. Oyó una respiración agitada tras él, y unos pasos lentos y precavidos. Y luego otra vez el desconocido habló:

—No sé qué estaba haciendo usted en el garaje, pero no cabe duda que usted no es un invitado... —¿Usted qué cree?

Se volvió poco a poco con las manos cruzadas tras la nuca. El hombre, que le apuntaba con una pistola alargada por el silenciador, era delgado y alto. No podía verle bien las facciones, pero distinguió una nariz afilada y un agudo mentón.

—Voy a encerrarle —dijo de pronto—. Cuando termine la fiesta, el señor Kibler querrá hacerle algunas preguntas con toda seguridad. Retroceda y no haga nada sospechoso o le mataré.

—Aprendiste en una buena escuela, ¿eh?

—¡Atrás!

—Tú mandas, camarada.

Empezó a retroceder despacio, con el otro muy cerca de él, la pistola por delante, no muy tranquilo a pesar del arma.

—Párese.

Se detuvo. De pronto, dijo Max:

—La cartera. Quedó en el suelo.

—¿Y qué? Ya la recogeremos después.

—Será demasiado tarde.

—¿Porqué?

—Contiene una bomba de relojería, amigo. ¿Por qué crees que me tomé el trabajo de entrar? Estallara en menos de un minuto.

El hombre dio un respingo. De modo instintivo volvió la cabeza para ver la distancia que le separaba de la fatídica cartera...

Y Jordán atacó. Saltó como un gran tigre y atenazó la muñeca armada al tiempo que disparaba el puño izquierdo bajo la quijada

del pistolero.

El hombre trastabilló, rugiendo. Un segundo mazazo en mitad del cuello acabó con sus fuerzas. De un seco tirón, Max le retorció la muñeca armada cuando se desplomaba de rodillas. La pistola se desprendió de sus dedos. Disparó la rodilla y la mandíbula del guardián chascó con un sonido tétrico.

El hombre puso los ojos en blanco y ya no rebulló más. Jordán le soltó sobre la grava y miró a su alrededor. Tras apoderarse de la pistola, levantó el cuerpo del pistolero y lo trasladó al garaje. Allí lo examinó.

Tenía la mandíbula rota y respiraba con mucha dificultad. Le amordazó y luego utilizó el cinturón para amarrarlo sólidamente al volante del «Cadillac».

—Harás un largo viaje en ese coche, hermano —refunfuñó.

Fue en busca de la cartera Su pie tropezó en un cable y cayó de bruces.

Ahogando una maldición. Jordán empuñó la pistola esperando oír los timbres de alarma.

No sucedió nada. Comprendió que la alarma debía estar desconectada a causa de la fiesta, para evitar que cualquier invitado la accionara accidentalmente.

Corrió agazapado hasta la pared posterior del edificio. Se deslizó a lo largo de ella hasta encontrar una puerta. La abrió y se coló en el interior.

Sólo entonces advirtió que la música había cesado. Captó el apagado runrunear de las voces y el zumbido de los coches al poner el motor en marcha, en la calle.

La fiesta había terminado. Por lo menos la fiesta organizada por Kibler. Max esbozó una sonrisa al pensar que la suya particular todavía estaba por empezar.

Esperó oculto en una pequeña bodega hasta que, media hora más tarde, se hizo el silencio en la casa. Entonces salió y distribuyó rápidamente el contenido de la cartera por toda la planta baja, esquivando los lugares iluminados.

Hubo de pegarse en el quicio de una puerta, en un corto pasillo, cuando un hombre y una mujer cruzaron un poco más allá, sin verle. Reconoció a Kibler y necesitó de toda su fuerza de voluntad para no matarlo allí mismo.

La mujer era alta y distinguida, muy bella. Sólo la expresión dura de su rostro afeaba en parte lo que, de otro modo, hubiera podido ser una auténtica belleza fuera de serie.

Escuchó sus pasos cuando subieron la escalera. Luego, dejaron de oírse en el piso superior.

Las luces cuyo resplandor podía ver más allá del pasillo fueron apagándose una a una. Los sirvientes debían sentirse impacientes por acostarse.

Aguardó, ya con la cartera vacía. Después, retrocedió buscando el camino de salida. Se equivocó dos veces dentro de aquel laberinto a oscuras, y cuando al fin alcanzaba la puerta por la que entrara antes, dos guardias le cerraron el paso.

Ellos se sorprendieron tanto como Jordán. Hablaban con voz contenida sobre la fiesta y los invitados cuando apareció Max en un recodo. Ambos dieron un respingo.

Jordán empuñó la pistola «Mauser», a la que había fijado el silenciador. Lo hizo tan rápidamente cómo pudo, pero los esbirros de Kibler demostraron que estaban entrenados para ganarse el sueldo.

Uno de ellos dio un salto a la izquierda, al tiempo que empuñaba a su vez una automática. El otro trató de retroceder saltos para buscar la protección de la puerta.

Jordán disparó contra el primero. Estaba desentrenado y falló el primer tiro, permitiendo al vigilante refugiarse detrás de una mesa que derribó con estrépito.

El otro disparó. La bala alborotó los cabellos de Max en el instante en que se arrojaba de bruces. Siguió apretando el gatillo una y otra vez, moviéndose como un torbellino.

Oyó el aullido del que trataba de ganar el jardín. El cuerpo rebotó contra la puerta y cayó de cara. Ya no se movió más.

Max reptó mientras las balas del otro le buscaban. Los estampidos de la pistola del guardián retumbaban cual morteros dentro de la habitación, sembrando la alarma por todo el edificio.

Jordán oyó pasos y carreras por todas partes y gritos de excitación y una voz retumbante que ladraba órdenes.

Supo que estaba cazado y dejó de disparar. Si había de morir pensaba hacerlo a su manera, no de un balazo.

—¡Está bien, ya basta! —gritó tirando la pistola por encima de

la butaca tras la que se había refugiado.

El pistolero dejó de disparar. Desde fuera alguien aulló:

—¿Qué pasa ahí?

El guardián se levantó al tiempo que lo hacía Jordán.

—¡Ya lo tengo, es un asaltante!

Con el pie. Max empujó la cartera vacía bajo la butaca.

El vigilante esperó a recibir refuerzos antes de moverse. Cinco hombres armados entraron precipitadamente, mirando a Jordán con enorme extrañeza.

—¿Por dónde entró? —rugió el que parecía llevar el mando.

—Por el callejón. Todavía está allí la cuerda —dijo Max.

—Llévalo abajo.

—Un momento. Brian.

La nueva voz había sonado a espaldas de Max y éste volvió la cabeza. Kibler estaba allí. Llevaba un corto revólver en la mano y, un poco más atrás, su hermosa mujer atisbaba por encima de sus hombros.

Kibler entró, pausado, quizá un tanto impresionado por el tiroteo dentro de su casa.

—Brian —dijo—. Cuida de que si alguien se interesa por lo sucedido, quede convencido de que todo ha sido un error... Creímos que había entrado un ladrón o algo así, ¿entiendes? Inventa lo que quieras, pero aleja los curiosos si los hay.

—Muy bien, señor Kibler.

Brian se fue. Kibler sonrió al acercarse a Max.

—No esperaba verle tan pronto. Jordán, aunque estaba seguro de que le vería a no tardar mucho. Esos años de cárcel no le han favorecido en nada, ni siquiera proporcionándole un poco más de sentido común.

—Sigue siendo un bocazas. Kibler.

—¿Oyes, querida? Ya te hable de nuestro gran amigo Jordán... Nunca escarmienta.

La mujer se colocó al lado de su marido. Ahora ya no llevaba el traje de noche que Max lo viera antes, sino que se cubría con un vaporoso, transparente y lujoso batín de seda que insinuaba sus encantos como un obsequio al hombre que a morir.

—¿Éste es Max Jordán, querido? —preguntó con indiferencia.

—El mismo.

—Entonces, mávalo.

Kibler rió entre dientes.

—Ya oyó la sentencia. Jordán.

—Una dulce mujercita —comentó el aludido con sarcasmo, mientras sus pupilas heladas no se apartaban de la dama—. Tan brutal como usted y sus salvajes camaradas.

—Mátalo —repitió ella.

Kibler hizo un gesto como si quisiera apaciguarla.

—Estas cosas hay que hacerlas bien, querida... No olvides que, además de mi cargo diplomático, soy también comandante. Un militar debe proceder con disciplina, ¿no es cierto, Jordán?

Kibler paseó la mirada a su alrededor. Vio la pistola de su prisionero en el suelo y eso le sugirió otra cosa.

—¿Alguien lo registró? —quiso saber.

Hubo un murmullo de sorpresa. Max recordó que llevaba sujeta al cinto la pistola del primer guardián que venció y enseñó los dientes en una mueca.

—Nadie lo hizo, Kibler —dijo—. Llevo otra pistola, pero sé cuándo estoy vencido.

Kibler soltó una sarta de insultos dedicados a sus hombres. Por unos momentos pareció olvidar su aplomo o su sentido del humor.

Uno de los rufianes despojó a Max del arma. Le dio un vistazo y exclamó:

—¡Señor Kibler! Es la pistola de Simón...

—¿Seguro?

—Sin duda.

Kibler se aproximó a Jordán. Antes que éste pudiera prever lo que se proponía le golpeó brutalmente con el corto cañón del «Colt Cobra» que empuñaba.

—¿Dónde está Simón, qué sucedió con él, Jordán?

El golpe hizo trastabillar a Jordán. Sintió el calor de la sangre deslizarse por su rajada mejilla. A pesar de todo sonrió, porque todos ellos acababan de cometer un grave error.

—Lo amarre al volante del «Caddy» que está en el garaje... A propósito: creo que no está en muy buenas condiciones. Alguien debería ocuparse de él, y pronto.

Kibler hizo una seña y uno de los hombres salió corriendo.

—Ha matado a uno de mis vigilantes. Jordán, y posiblemente

herido a Simón. ¿Se da cuenta de que eso tendrá que pagarlo?

—Seguro. Yo también vine a cobrar una cuenta de sangre, Kibler.

—¿Su bella amante?

Los ojos de Jordán se convirtieron en dos simas de hielo.

—Eso es suficiente para saber que la orden partió de usted. Kibler —dijo, y su voz tembló de furor mal contenido.

—La orden vino de más arriba —reconoció el diplomático con ironía—. Me limité a disponer la operación, digamos la orden «ejecutiva».

—Sólo por eso le mataré.

Uno de los hombres gruñó:

—Está chiflado...

Kibler volvía a sonreír.

—Usted estaba sentenciado a muerte. Jordán —dijo de pronto—. Sólo esperábamos la ocasión más espectacular para que sirviera de ejemplo a otros locos como usted. Pero ahora las cosas se han precipitado, de modo que morirá esta noche.

—¿A manos de su hermosa mujer, tal vez?

—Fusilado.

—¿Quién es aquí el loco?

—Le he dicho que soy comandante Como militar, le ejecutaré dándole la ocasión de ver la muerte cara a cara.

—Eso es una ridícula pérdida de tiempo —opinó la mujer.

Max sonrió.

—La bella gata le gustaría hacerlo por sí misma. Kibler.

—No.

Se oyó un jadeo fuera. El pistolero que saliera antes regresaba cargado con el cuerpo inerte de Simón.

—Creo... creo que está muy mal, señor Kibler. Tiene la mandíbula rota y apenas puede respirar.

—Llévalo a su habitación y llama al médico ¡Apresúrate!

Hubo unos instantes de silencio mientras el hombre salía con su carga. Después. Jordán quiso saber:

—¿Dónde piensa fusilarme, Libler, y cuándo? La hora tradicional es al amanecer según tengo entendido.

—¿Qué pretende, demostrarnos que tiene valor?

—Sólo saberlo.

—No podemos hacerlo al amanecer. Las circunstancias nos obligan a fusilarle de noche. Coloquen silenciadores en sus pistolas. Yo le vigilaré entretanto.

La mujer repitió:

—Insisto en que estás desperdiciando tiempo y corriendo riesgos inútiles, Moshe.

—Un enemigo de la talla de Jordán lo merece, querida mía.

Los pistoleros salieron uno tras otro. Max sintió una corriente de excitación ante la proximidad del instante crucial en que viviría o moriría.

Y se vengaría también.

—¿Por qué la mataron. Kibler?

—Porque si ella hubiera hablado con usted hubiese puesto en peligro algo muy importante.

—Escucharon la conversación que tuvo conmigo por teléfono, ¿no es cierto?

—Sí. Ella misma nos confirmó lo que hasta entonces sólo habíamos sospechado. Lástima que no hubo tiempo de interrogarla... Nos habría gustado mucho saber cómo consiguió el informe.

—¿Qué informe?

—Eso, estimado amigo, no voy a decírselo a pesar de que usted está prácticamente muerto.

—Siempre ha sido muy precavido.

—Gracias a eso sigo estando vivo.

—Pero no por mucho tiempo. Tú y esa serpiente de cascabel que tienes por mujer no veréis el amanecer.

Kibler estalló en una carcajada y balanceó el revólver.

—Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, aunque personalmente opino que eso es una estupidez.

—¿Dónde piensa fusilarme. Kibler?

—En el jardín, cerca del lugar por dónde ha entrado. Allí no hay riesgo de que nadie pueda verlo ni oír nada. Además, las armas estarán provistas de silenciadores.

Como si quisieran darle la razón, los guardianes regresaron, y ahora sus grandes pistolas automáticas estaban provistas de largos silenciadores «S.S.S».

—En marcha, Jordán —ordenó el diplomático—. Espero que no

necesite que le coloquen una venda ante los ojos.

—No la necesito en absoluto.

—Eso es una payasada —refunfuñó la mujer—. Voy a subir y me acostaré. No tardes. Moshe. Ya sabes que me disgusta ser despertada una vez que he conseguido dormirme.

Max rió.

—Apuesto que tiene dificultades con su conciencia, víbora.

De nuevo le golpeó Kibler con el cañón de su revólver. Lo hizo con extraordinaria ferocidad. Jordán cayó de rodillas, sacudiendo la cabeza para librarse del aturdimiento.

—Cuidado, Jordán —le advirtió—. Le exijo respeto cuando se dirija a ella...

Max se levantó. De un empujón le obligaron a atravesar la puerta. Lo único que vio de la mujer fue el revoloteo de sedas y el color rosado de su piel.

Después, se encontró en el jardín, andando escoltado por el piquete que iba a ejecutarlo.

CAPÍTULO VI

Le colocaron de espaldas a la pared, el mismo muro por el que se había deslizado. Apenas a diez pasos se balanceaba la cuerda de nudos que nadie se ocupó de desprender.

Kibler alineó a sus hombres. Reía cuando dijo:

—Un hombre como usted no necesitará que le cubran los ojos, Jordán.

—Ya le he dicho antes que puede ahorrarse ese formulismo.

Max hundió las manos en los bolsillos del pantalón y miró fijamente a los ejecutores. Notó como el corazón le golpeaba violentamente entre las costillas. Kibler levantó una mano y dio una orden.

Los dedos de Max apresaron el pequeño y aplanado detonador que llevaba en el bolsillo. Lo tanteó hasta encontrar el pulsador.

—Kibler...

Su voz resonó extraña en el silencio del oscuro jardín.

—¿Tiene algo que decir antes de que ordene disparar?

—Sólo una cosa, hijo de perra. Imagino que el comando sigue estando formado por los cuatro héroes de costumbre.

—En cierto modo solamente. Ahora tanto ellos como yo nos limitamos a planear las operaciones.

—Operaciones como la de Karin.

—Naturalmente. Y otras de mucha mayor importancia.

—Eso es cuanto quería saber para estar seguro de que, cuando llegue el momento, mate a los auténticos responsables. Empezando por ti, bastardo...

Kibler le miró como sí le creyera loco. No podía concebir que Jordán pudiera expresarse de aquel modo estando desarmado frente al piquete que iba a dispararle en unos segundos.

Luego, cuando empezó a pensar que quizá su enemigo tuviera alguna buena razón para sentirse seguro, ya no tuvo ocasión de

rectificar.

Max hundió el botón del detonador dentro de su bolsillo. Lo hizo plenamente consciente de lo que iba a desencadenar, sabiendo de antemano que aquello equivaldría a una declaración de guerra que a la larga sólo podría tener un desenlace final.

Hubo un súbito rugido, como el despertar de un volcán.

Se arrojó de cabeza a un lado, junto al muro. La explosión reventó la casa como si, en lugar de piedra, hubiera estado construida de cartón. Una erupción coronada por enormes llamas rojas que desmenuzó el edificio, parte del jardín y a los hombres que había en él.

Y a la mujer, que en su dormitorio se disponía a acostar se esperando recibir la noticia de la muerte de un hombre.

Kibler fue levantado del suelo y arrojado contra el muro. Rebotó y cayó a pocos pasos de donde Jordán permanecía acurrucado, con la cabeza protegida por los brazos.

Varios de los pistoleros que componían el piquete fueron alcanzados por las llamas y rugían enloquecidos, revolcándose por el césped. Otro corría empavorecido tratando de escapar de la mortífera lluvia de cascotes que se desplomaba en medio del llamear del incendio.

Otros, destrozados por el estallido, yacían en trágicas posturas.

Hubo otro espeluznante estrépito cuando toda la fachada principal del palacio se derrumbó. El humo y la polvareda eran espesos como niebla.

Kibler gimió tratando de incorporarse. Jordán se levantó de un salto y se apoderó de la pistola que todavía empuñaba uno de los cadáveres.

Cuando Kibler le vio, lanzó un grito de furor. Su mano se hundió bajo la chaqueta. Max dijo, con voz que vibró por encima del estruendo que les rodeaba:

—A cuenta de Karin, bastardo...

Tiró del gatillo y el cuerpo de Libler se estremeció bajo los impactos.

Un reguero de llamas se extendía por el césped procedente del garaje, donde la gasolina ardiendo se desparramaba aumentando la ferocidad del siniestro.

Max retrocedió Una bala arrancó esquirlas del muro, a un palmo

de su cabeza. Revolviéndose, vio al pistolero superviviente que disparaba contra él desde corta distancia. No le acertó debido al terror que le dominaba.

Max hizo un solo disparo y el hombre dio un salto atrás y cayó. Jordán brincó por encima de él y corrió esquivando los cascotes y el fuego hasta la parte delantera del jardín. Allí, parte de la fachada había derrumbado la cerca.

Se agazapó entre los escombros hasta que un grupo de aterrados espectadores se apartaron a un lado. Entonces salió y corrió calle abajo, huyendo de las sirenas de los bomberos que se acercaban a toda velocidad.

Una hora más tarde, estaba en su apartamento esperando una visita que estaba seguro no tardaría en llegar, porque era del dominio público que durante su encierro «alguien» había seguido pagando el alquiler del gran piso que ocupaba desde algunos años antes del tropiezo que le llevó a la prisión.

Estaba en pijama, despeinado y soñoliento, cuando el comisario Burgoine entró. Los agudos ojos del policía le examinaron con penetrante atención.

Max gruñó, cerrando la puerta:

—Es una hora condenadamente incómoda para visitas, comisario.

—He querido darle una noticia personalmente, en el supuesto que la ignore, claro.

—¿Qué noticia? Discúlpeme, pero no me encuentro en un momento particularmente brillante.

—Kibler ha muerto.

Max enseñó los dientes en una mueca.

—Es una buena noticia, naturalmente —dijo—. Estoy tentado de reconciliarme con usted sólo por su atención al venir a comunicármela.

—¿Desde cuándo está usted aquí?

—¡Vaya pregunta! Tiene usted un sabueso apostado abajo, en la calle. Él debió verme entrar.

El comisario ahogó un gruñido.

—No le vio.

—¡Qué le parece! Debería usted adiestrar mejor a su gente.

—¡Con un demonio! Quiero saber por dónde entró usted,

Jordán, y a qué hora.

—Ya veo. Tiene la esperanza de cargarme con la muerte de Kibler, ¿no es cierto?

Burgoine sacudió la cabeza.

—Sólo si le mató usted.

—Entré por la puerta. Quizá su perro de muestra estuviera distraído entonces.

—No puedo creerlo. He descubierto que este edificio tiene una entrada lateral que da al sótano... —Debió ocuparse usted antes de esa entrada.

—¿Es que la utilizó usted?

—Entré por la puerta principal. La puerta del sótano solía estar siempre cerrada con llave. Sólo el conserje puede abrirla, y no creo que vaya usted a acusarle de complicidad. ¿O sí, comisario? El policía suspiro.

—Sabía que, en cuanto saliera usted de la cárcel, empezarían a ocurrir cosas, Jordán. Pero... ¡Maldito sea usted si le permito...!

—Tranquilícese. Todavía no me ha dicho cómo murió el gran Kibler...

—A tiros.

—¿Dónde?

—Usted debería saberlo.

—Pero no lo sé, comisario. Ilústreme.

Burgoine titubeó. De pronto dijo:

—Aunque usted haya permanecido en este apartamento mientras tenía lugar el atentado, no quiere decir que sea inocente.

—Seguro que no. Pude matarle por control remoto.

—Poco más o menos... Cualquiera de sus viejos camaradas pudo hacerlo.

—En ese caso, pregúnteles a ellos.

—Lo haré. Pero sigo creyendo que fue usted personalmente. No le hubiera cedido a nadie el placer de vengar a su amiguita.

Las facciones de Jordán se endurecieron de repente.

—En ese caso habrá algunas muertes más para que mi venganza sea completa. Usted sabe que esa gente actúa en grupos. Comandos les llaman ellos. Fue uno de esos comandos el que me preparó la trampa, cuando me cazaron. Y el mismo comando mató a Karin. En ambos casos. Kibler era un miembro del grupo.

—¿Cómo lo sabe?

—Intuición se llama a eso. ¿Es todo lo que quería decirme, comisario?

—Hay muchas cosas, pero ninguna que no pueda aguardara que alguien le corte el cuello.

—Entonces, lárguese. Quiero dormir un poco más esta noche.

Burgoine enrojeció y sus ojos chispearon.

—Voy a irme ahora, están esperándome, pero usted y yo volveremos a vernos, Jordán. Muy pronto.

—Lo dudo. He decidido seguir su consejo, comisario.

—¿Qué?

—La Costa Azul, ¿recuerda?

—Ya veo.

—Eso le tranquilizará, imagino.

—Después de lo sucedido esta noche, sólo en parte, Jordán; sólo en parte.

El policía se encaminó a la puerta. Antes de abrirla se volvió.

—Tanto si ha sido usted cómo no, Jordán —dijo pausadamente—, lo de esta noche le costará muy caro, porque esa gente no perdona jamás. No quisiera estar en su pellejo por todo el oro del mundo. Que descanse, si puede.

Salió y cerró de un portazo.

Jordan, plantado en medio de la estancia, esbozó una mueca. Pensó en los quebraderos de cabeza que se le presentaban al comisario.

Regresó al dormitorio y se acostó.

Pero ya no pudo conciliar el sueño.

CAPÍTULO VII

Los periódicos eran un vociferante muestrario de grandes titulares pregonando la catástrofe de la noche anterior. Había fotografías de las ruinas que quedaron y algunas de los cadáveres. Ninguna era agradable de ver.

Giuseppe los apartó de un manotazo después de leer las cabeceras. Sus ojos vivos se clavaron en Jordán como si quisiera penetrarle en la mente.

—¿Fuiste tú? —indagó.

Max se encogió de hombros.

—Digamos que tomé una parte activa en el suceso, eso es suficiente.

—¡Tú solo!

—¿Y qué con eso?

—¡Esa gente eran los que trugaron mi teléfono! —rugió el italiano—. Yo tenía cierto derecho para ajustarles las cuentas.

—Habrá ocasión para que te cobres la factura. Ahora dime qué has averiguado respecto a los cargueros.

—Hay varios. Tengo una lista completa, incluyendo sus rutas. Aunque tratándose de esa gentuza nunca se sabe si la ruta declarada será la que realmente seguirán.

—¿Y los cargamentos?

—Dos de ellos salieron de Amberes cargados hasta los topes. Max... «Maquinaria agrícola», es lo que consta en sus hojas de embarque. No tienen mucha imaginación que digamos. Nosotros utilizamos ese truco hace años.

—¿Escalas?

—El *Morgentau* tocará Marsella. El otro todavía no lo sé.

Jordán cabeceó, asintiendo. Giuseppe refunfuñó:

—Si lo que estás pensando es en apoderarte del buque, olvídalo. El mundo entero se nos echaría encima acusándonos de piratería, y

ellos controlan la mayoría de periódicos en América y parte de Europa.

—Nadie habló de apoderarnos del barco. Giuseppe.

—Entonces, ¿qué infiernos te propones?

—Es sólo una vaga idea... ¿Qué clase de carguero es el *Morgentau*?

—Tipo *Liberty*.

—Ajá... Eso facilita las cosas.

—¿Qué cosas?

Max se levantó, acercándose a la ventana. El sol arrancaba destellos a las bien cuidadas flores del jardín.

—¿Cuándo estará en Marsella?

—Dentro de tres días. No navega muy rápido. Es un barco viejo y va cargado hasta los topes.

—Eso nos dará tiempo, muchachos. Convoca a todos para esta noche en mi estudio. Que lleguen por separado, alrededor de las once, pero que se aseguren de que nadie les sigue. El comisario es capaz de haber puesto un sabueso detrás de cada uno de ellos...

—Conforme.

El rostro ceñudo de Max permaneció unos instantes sin expresión, tenso. Luego se relajó, pero en sus ojos continuó relampagueando el fuego de su rencor.

Giuseppe dijo:

—No puedes seguir pensando en ella continuamente. Max.

—No puedo evitarlo. Estuve tres eternos años recordándola, amándola si lo prefieres más claro. No creo que olvide jamás lo que hicieron, debieras haberla visto.

—Sé cómo trabajan esos carniceros, Max. Puedo imaginar lo que sentiste. Pero encadenarse a un recuerdo no conduce a nada.

—Lo sé.

—¿Por qué no te buscas una chica y pasas una noche con ella? Eso quizá te calme los nervios. Jordán sonrió sin ganas.

—Mis nervios están perfectamente. Giuseppe.

—Sí, eso temía que dijeras.

Max se encaminó a la salida, pero se detuvo en mitad de la sala y se volvió.

—Saldremos para Marsella después de la reunión. Giuseppe...

—Era lo que temía.

—No te quejes. Hay lugares peores.

Abrió la puerta. El italiano gruñó:

—Seguro. El depósito de cadáveres por ejemplo.

Riendo. Max salió. Giuseppe le siguió con la mirada hasta verlo desaparecer en la calle. Entonces cerró la puerta lentamente y comenzó a sonreír.

Era un despacho lujoso, quizá demasiado lujoso, únicamente destinado a deslumbrar a los visitantes.

Max no se impresionó en absoluto. Bien es verdad que había muy pocas cosas capaces de deslumbrarle o impresionarle.

Jordán estrechó efusivamente la mano del hombre sentado al otro lado de la gran mesa de caoba.

—Apuesto que te has aburrido durante esos tres últimos años. Charles —comentó el expresidiario.

Charles Vauvil, presidente y principal accionista de una compañía naviera cuyas actividades y estatutos eran un misterio, le devolvió la sonrisa.

—Un poco —confesó—. Pero me he ahorrado una enorme cantidad de sustos. ¿Cómo te fue, Max?

—No me quejo.

—Siéntate y toma un cigarro... ¡Cristo, me alegro de verte, muchacho! A pesar de que estoy seguro de que contigo vuelven los sobresaltos.

—Tal vez.

Jordán encendió el magnífico cigarro puro y exhaló una nube de humo hacia el techo. Sólo cuando hubo saboreado el tabaco, preguntó:

—¿Siguen flotando tus viejos *Liberty*, Charles?

—¡Por supuesto! Pero si piensas volver a fletármelos para lo mismo de antes...

—¿Has ganado alguna vez el dinero que esos montones de chatarra te rendían en aquella época?

—Bueno, la verdad es que tienes razón. Pero quizá sea que me he vuelto conservador, Max... Ya no me entusiasma la aventura.

—¡Condenación! Tú no correrás ninguna aventura. Podrás seguir sentado en ese butacón, detrás de esa mesa, jugando a ser un importantísimo hombre de negocios.

—Y lo soy, lo creas o no.

—Bueno, en todo caso, de negocios un tanto sorprendentes. Tus barcos han traficado en todo, desde Hong Kong al Caribe.

—Y en el Oriente Medio —rió Vauvil.

—Exactamente.

—Concretando, Max, ¿qué es lo que quieres?

—Un carguero tipo *Liberty*, anclado en lastre en el puerto de Marsella dentro de tres días.

—Un buque vacío... —refunfuñó—. Jamás antes habías cargado en Marsella. ¿Sabes a lo que te expones, Max?

—Creo que sí. De todos modos no se trata de una operación de carga normal.

—Bueno, prefiero no saber de qué se trata. Como comprenderás, las tarifas han subido desde aquellos tiempos.

—Ya lo imaginaba.

—Tenemos actualmente el Lijón en Marsella. Hoy o mañana habíamos de cerrar el trato para un embarque masivo de...

—Olvídalo. Me quedo con ese barco. ¿Qué puedes decirme de su tripulación?

—Una pandilla de bucaneros. Max —rió el financiero—. Con suficiente «estimulo» monetario harán cualquier cosa.

—Está bien. Llama al capitán por teléfono. Dile que hemos fletado el buque y que esté dispuesto a embarcar un gran cargamento. Al mismo tiempo quiero que averigüe en qué muelle atracará un mercante denominado *Morgentau* que cuando lo sepa con seguridad haga los trámites para amarrar el *Lijón* lo más cerca posible. ¿Entendido?

—No es difícil. ¿Estás seguro que nadie hundirá mi barco?

—Uno nunca está seguro de nada en estos tiempos. Charles.

Jordán rió entre dientes ante la mueca de su amigo Vauvil rezongó:

—Me ocuparé de que las primas del seguro estén al corriente de pago...

Max se levantó y ambos hombres se estrecharon las manos. El naviero acompañó a Max hasta la puerta y antes de abrirla preguntó:

—¿Te propones ajustarles las cuentas?

—Puedes jurarlo.

—Ya lo imaginaba. Opino que, en lugar de mi viejo y

cochambroso *Lijón*, *hubieras* salido ganando si hubieses podido fletar un acorazado... De todos modos, buena suerte.

—Gracias. Nos veremos a mi regreso.

—Seguro, si vuelves.

—Por supuesto. Pero no sufras. Ingresaré el flete antes de zarpar.

Salió y cerró a sus espaldas. De nuevo volvía a experimentar la excitación de la aventura, algo que durante tres años había estado ausente de sus sensaciones.

CAPÍTULO VIII

Tendido en la cama de su estudio, a oscuras. Max permanecía inmóvil, dejando que sus pensamientos emprendieran rutas de odio y rencor. La tensión acumulada durante las últimas horas se acentuaba ante la proximidad de la acción.

De vez en cuando evocaba la imagen de Karin y el recuerdo era un aguijón más, impulsándole a la venganza.

De pronto, se sorprendió a sí mismo al darse cuenta de que sólo recordaba a Karin muerta, tal como la viera cuando la descubrió llena de sangre. Arrugó el ceño. Quizá fuera cosa del odio, pero ni una vez había conseguido revivir en su mente a Karin viva, tal como era antes de ser detenido y condenado; tan apasionada y alegre, ardiente como una llama, y tan voraz que parecía siempre a punto de estrujar la vida en una noche.

Pero apenas quedaba ese recuerdo, borrado por completo ante la atroz imagen ensangrentada que saltó a sus ojos cuando penetró en el apartamento.

El timbre de la puerta dejó oír un campanillazo. Jordán dio un vistazo al reloj y se levantó de un brinco. Faltaban quince minutos para las nueve. Había citado a Giuseppe y a los demás a las once...

Pisando como un gato, se acercó a la puerta con la pistola en la mano. Escuchó pero no pudo captar el menor sonido.

El timbrazo se repitió. Max dijo:

—¿Quién está ahí?

La voz que le respondió era suave y queda.

—Abre, Max... Soy Sonia.

—¡Demonios!

Abrió y la muchacha se coló al interior. Contuvo el aliento al ver la automática en la mano de Jordán. Después sonrió:

—¿Quién creías que era, Max?

—¿Cómo se te ocurrió venir aquí?

—Pensé que estarías muy solo... con ella muerta. Giuseppe me dijo que seguramente estarías en el estudio porque después se reunirían contigo.

Él soltó un gruñido.

—La soledad no es nada nuevo para mí, linda —dijo, retrocediendo hacia el interior.

—¿Por qué no enciendes la luz?

—Me gusta la oscuridad. Pero tienes la llave a tu izquierda. Enciende si quieres.

—Bueno, ¿para qué?

Él dejó la pistola sobre un estante y se volvió. Un tenue resplandor entraba por el ventanal que comunicaba con la terraza. A su pálida luz distinguió la sugestiva silueta de Sonia, plantada en mitad del cuarto.

—Lo creas o no, te agradezco que hayas venido —dijo.

—Demuéstramelo.

—¿Qué?

Ella se aproximó al ventanal, cerca de Jordán.

—Mi hermano dice que amarte es un mal negocio, Max, porque vivirás poco...

Jordán dio un respingo.

—¿De qué infiernos estás hablando?

—De lo que opina Giuseppe respecto a estar enamorada de ti. Además, él afirma que estoy loca.

—Empiezo a pensar que no le falta razón.

—¿Qué mas esperas que te diga?

—Es suficiente.

—¿Y...?

—¡Maldita sea! Eres una chiquita con menos seso que un mosquito.

—¿Por qué?

—Oh, bueno...

—Dilo.

—Me gustaría saber cómo decírtelo. De todos modos es una estupidez.

—Gracias, Max.

—Estás ofuscada, sin la menor duda. Casi puedo ser tu padre. Y en última instancia, no le digas eso a un hombre si no quieres tener

otra clase de disgustos.

—Sólo te lo digo a ti. Si es cierto, ¿por qué no he de decírtelo?

—Giuseppe tiene toda la razón del mundo. Eres una cabeza loca.

—También soy una mujer, Max...

Jordán se encontró sin saber qué decir y durante unos instantes reinó el silencio. La muchacha se aproximó a él y colocó sus manos sobre los anchos hombros.

—Mírame. Max —musitó—. No soy tan fea que no puedas darme la cara.

Él clavó sus pupilas aceradas en el rostro de Sonia y sonrió.

—¿Sabe tu hermano que has venido aquí?

—Sí. Intentó disuadirme, incluso me siguió hasta el jardín para quitarme la idea de la cabeza.

—Ya veo.

Ella dijo con una voz que había perdido su petulante seguridad:

—Sé lo que ha significado para ti la muerte de Karin, Max, pero no puedes vivir siempre con ese recuerdo en tu corazón. Algún día la olvidarás y entonces estaré a tu lado.

—Espero que sepas lo que estás diciendo, pequeña.

—Lo sé perfectamente.

Jordán vaciló. Hubiera querido encontrar palabras lo bastante convincentes para hacerla desistir de su loco anhelo, pero se sorprendió al comprender que ni siquiera tenía voz.

Ella deslizó las manos a lo largo de sus brazos. Un instante después se abrazaba a él desesperadamente.

Y Jordán sintió un ramalazo de temor, un absurdo miedo a algo inconcreto, quizá a su propio instinto, o tal vez a dejarse vencer por una chiquilla.

Con un esfuerzo inmenso, logró apartarla unas pulgadas.

—Ahora vete, Sonia —murmuró con voz ronca.

—Max...

—Vete.

—¿Por qué?

—Deberías comprenderlo sin necesidad de más aclaraciones.

Ella escrutó sus ojos, como si quisiera penetrar en lo más recóndito de sus pensamientos para descifrar el fuego que llameaba en lo más profundo de su mirada.

Después, dejó que Jordán acabara de separarla y sonrió.

—Comprendo, querido...

—Lo dudo.

—Tienes miedo de ti mismo, ¿no es cierto?

Él asintió con un gesto. Sonia añadió:

—Eso quiere decir que me consideras una mujer. Ya he ganado el primer juego. Te ayudaré a olvidar. Max.

—Está bien, pero ahora vete, nena.

—Te veré mañana. Max —musitó Sonia, abriendo la puerta.

Sólo que no llegó a salir porque allí estaban los dos intrusos, erguidos, rígidos en el umbral, apuntándoles con sendas automáticas equipadas con largos silenciadores.

—Sin prisas, muñeca —graznó uno de ellos, empujándola hacia dentro.

Entraron y cerraron la puerta. Jordán, tenso como un cable, permaneció inmóvil mientras uno de los pistoleros buscaba la llave de la luz, y le daba vuelta.

—Ahora podemos vernos sin necesidad de andar a tientas —comentó el hombre con sarcasmo—. Usted, Jordán, coloque las manos detrás de la cabeza y no mueva ni las pestañas.

Sonia les fulminó con la mirada. Si estaba asustada sabía disimularlo muy bien.

—¿Qué creen que están haciendo? —les espetó—. Si piensan asustar a alguien con esas pistolas...

—Cierra el pico, nena. Habría sido mejor para ti que te hubieras quedado en casa esta noche.

El otro rió entre dientes.

—Si lo hubiese hecho nunca habríamos encontrado a nuestro amigo presidiario...

—De modo que la han seguido hasta aquí —gruñó Jordán.

—Por supuesto.

Max hizo esfuerzos para no mirar hacia donde estaba su propia pistola. No abrigaba ninguna duda respecto a lo que les aguardaba a él y a Sonia. Conocía bien la implacable ferocidad de aquella gente, de modo que todo su interés se centró en ganar tiempo y tratar de encontrar una oportunidad para desplazarse hasta el estante en que reposaba la automática.

Manteniendo las manos en la nuca, mascullo:

—¿Quién las manda esta vez. Jan Dachs?

—¿De qué hablas?

—Del tipo que reparte las órdenes. Porque Kibler ya no puede mandar a nadie como no sea desde el infierno.

—Usted se reunirá con él esta noche. Jordán.

Se encogió de hombros, pero preguntó:

—¿Se proponen darnos un «paseo» sin regreso?

—¿Por qué perder tiempo? Los dos se quedarán aquí, eso es todo.

El otro refunfuñó:

—Hablas demasiado. Vamos a terminar eso de una vez y larguémonos cuanto antes.

Su compinche rió sin alegría alguna. Sonia cambió de actitud tan súbitamente que incluso Max se asombró. Comenzó a gimotear, retorciéndose las manos y volviéndose hacia él llena de angustia.

—¡Oh, Max, se proponen matarnos...!

—Cálmate, aún no lo han conseguido.

—¡Pero lo harán! Son asesinos, Max...

Quiso correr hacia él. Uno de los pistoleros ladró una orden para que se detuviera. Sonia dio un traspie y estuvo a punto de caer, trastabillando hasta apoyarse en la pared. Jordán se colocó junto a ella de un salto, sosteniéndola.

Uno de los pistoleros rió.

—¡Una escena realmente enternecedora!

Max no le hizo caso. Tenía la pistola al alcance de la mano, pero la muchacha estaba demasiado cerca de él para intentar nada.

El asaltante más ceñudo ordenó:

—Ya basta, esto ha durado demasiado.

Jordán dio un vistazo a su pistola, calculando la distancia. Inmediatamente, dio un brutal empujón a Sonia arrojándola de bruces lejos de sí.

Ella gritó antes de rodar por el suelo. Su grito se confundió con los sordos estampidos de las armas, mientras Max, convertido en puro movimiento, saltaba hacia el estante y de un zarpazo recogía la pistola.

Notó los impactos de los proyectiles en la pared, mientras saltaba alejándose del lugar donde Sonia seguía gimiendo con voz queda.

—¡Mátalo, mátalo! —rugió el pistolero que llevaba la voz

cantante.

Eso resultaba un tanto difícil. Jordán aterrizó tras una butaca. Las balas barrenaron el relleno de la tapicería y zumbaron cerca de la cabeza de Max.

Éste disparó por primera vez. Entre las paredes, el estampido semejó una bomba.

Falló el tiro por muy poco, dando tiempo a que los dos matarifes se apartasen uno de otro. Iracundo. Jordán se ladeó y disparó rápidamente contra el que se aproximaba al lugar donde la muchacha continuaba acurrucada.

Esta vez acertó. El pistolero dio un brinco y cayó de cara contra la pared. El otro le miró estupendo, como si no diera crédito a sus ojos.

—¡Maldito...! —jadeó.

Una bala le entró por la boca, interrumpiéndole y llevándose por los aires la mitad de su cráneo. El mismo impacto le lanzó hacia atrás, tropezó con una silla y cayó con estrépito, muerto mucho antes de tocar el suelo.

Jordán se levantó maldiciendo entre dientes.

Sonia musitó:

—¿Están muertos, Max?

—¿Tú qué crees?

Levantándose, la muchacha desvió la mirada del nauseabundo espectáculo que ofrecía el pistolero casi decapitado. Max comprendió perfectamente cómo se sentía y la estrechó entre sus brazos. Sonia balbuceó:

—Los disparas, Max...

—¿Qué?

—Atraerán a todo el vecindario... Vendrá la policía.

—Lo dudo. Estas paredes son a prueba de ruidos, y las ventanas están cerradas. No creo que nadie los haya oído con suficiente claridad para saber que se trataba de disparos.

—¡Oh, querido, ha sido horrible...!

—Olvídalo.

—No quiero verlos, Max.

La levantó en vilo y entró con ella en la habitación contigua.

Allí la depositó en el suelo, besándola en la boca. Después, murmuró:

—Nos ocuparemos de esas carroñas cuando vengan tu hermano y los demás. Ahora, olvídalos.

Sólo que eso no era tan fácil. Olvidar los electrizantes minutos vividos entre la vida y la muerte: olvidar la violencia y la sangre, y el salvajismo de unos instantes durante los cuales el hombre que amaba se había convertido en un torbellino destructor...

Nada de todo eso era fácil de olvidar. Y mucho menos en esos instantes en que Sonia notaba cómo la sangre palpitaba igual que un martillo en sus sienas. No habría podido explicar el tumulto que crecía en sus sentidos. Ni lo deseaba tampoco.

Apartó la mirada de él, de aquel hombre que siempre había sido para ella la imagen del deseo y murmuró:

—Mi hermano tiene razón... acabarán destruyéndote.

—Antes que eso ocurra lamentarán haberse cruzado en mi camino.

Estaba de espaldas a él. Instintivamente, Sonia se abrazó a sí misma, cruzando los brazos sobre el pecho como si sintiera frío. Notó las manos de Max en sus hombros y se estremeció. Él dijo con voz ronca:

—Vete de aquí, Sonia. Vete... ahora.

—¿Por qué ahora?

—Porque todo se ha enturbiado y porque no sé hasta qué extremo podré controlar la situación. Por favor... Vete.

Ella se echó hacia atrás, apoyándose contra el duro cuerpo de aquel hombre en cuyas manos había rugido la muerte poco antes. Por un instante sintió un extraño desfallecimiento y susurró:

—No voy a marcharme, Max. Ni creo que tú lo desees realmente porque me necesitas.

—¡Maldita sea, quizá eso sea cierto! —estalló él—. Pero tú no me necesitas a mí, y menos ahora.

—Si te necesito. ¡Dios, cómo te necesito. Max! He pensado en ti todos esos años...

—¿Y qué crees que me ha ocurrido a mí? —La voz de Jordán sonó bronca, tensa y violenta—. Tres años viviendo como un vegetal, siendo sólo medio hombre; tres años sin libertad, sin esperanza, sin una mujer. ¿Cómo crees que puedo sentirme ahora?

Sus dedos se habían crispado sobre los hombros de la muchacha. Se hundían en su carne y le hacían daño, pero no se quejó. Sólo

dijo:

—Ahora, Max, tienes a una mujer jummo a ti.

Se volvió de pronto y sus brazos se enroscaron en torno a él. Una mirada brillante y húmeda se fijó en los ojos de Max y murmuró apenas sin voz:

—Tienes miedo de ti y de mí, miedo a amar después de tanto tiempo. Muy bien, árame. ¿No comprendes que es eso lo que yo también deseo?

Jordán apenas podía creerlo. Era una insensatez y lo sabía, porque si a alguien no deseaba lastimar en este mundo era a esa muchacha precisamente.

Y menos en esos instantes, cuando la relajación después de la violencia y la sangre creaban una suerte de laxitud enervante, excitándole al mismo tiempo.

Y ella repitió:

—Sólo árame. Max. Después de esos tres años... árame.

Instintivamente, él la abrazó. Nunca supo cómo los labios de la muchacha estallaron contra los suyos con aquel fuego que nadie hubiera podido resistir, y él menos que nadie. Aunque entonces descubrió que tampoco quería resistir.

Todo lo que quería era echar fuera la amargura, el dolor y el odio, aunque fuera con un estallido retenido, frenado y sufrido durante tres eternos años.

Se hundió en aquel beso delirante y ya no hubo ningún freno. Sólo el estallido, el tumulto de una pasión que se desbordó igual que las aguas de un torrente.

Así se amaron hasta la extenuación y el olvido.

Se amaron casi hasta la muerte...

CAPÍTULO IX

Los muelles de Marsella quedaban difuminados bajo un espeso manto de niebla gris, semejante a un inmenso sudario. Era tan espesa que incluso las sirenas de los remolcadores sonaban apagadas, lúgubres, sordas como voces que surgieran de un mundo sombrío y tenebroso.

El mercante *Morgentau*, inmóvil, era una masa oscura en la que las luces semejabán luciérnagas apenas visibles. Sus oficiales habían dado fin a las formalidades de rigor. Nadie se había interesado por su carga, quizá debido a la dificultad surgida a última hora respecto a su aprovisionamiento de víveres y agua, que no podría realizarse hasta el día siguiente.

Malhumorado, el capitán Mayer salió a cubierta y al instante se vio envuelto en la niebla. Refunfuñó entre dientes, lanzó la colilla del puro que había estado fumando al mar y se encaminó a la pasarela.

Había un hombre en ella. Un individuo silencioso envuelto en un impermeable bajo el que ocultaba una gruesa pistola.

—¿Todo bien, Jos?

—No hay novedad, capitán. Con esta maldita noche no se ve siquiera un borracho en los muelles.

Un gruñido fue la respuesta de Mayer, que dio media vuelta y regresó a su camarote. Llenó un vaso de coñac y lo paladeó cómodamente recostado en una butaca.

Quizá pensaba en la valiosa carga. O tal vez estuviera reflexionando en lo arriesgado de sus viajes, desde que navegaba constantemente de Amberes a Eliat como una lanzadera.

Dio un vistazo a través del ventanuco. La oscuridad grisácea del exterior se le antojó de mal agüero. Apuró el coñac y se dispuso a buscar refugio entre las sábanas.

En la pasarela, el centinela sólo pensaba en el relevo. La

humedad de la niebla atravesaba las ropas y se filtraba hasta los mismos huesos. Estremeciéndose, cambió de posición. Su mano, hundida bajo el impermeable, rozó la fría culata de la pistola. Una vez más se dijo que era absurdo que les fastidiasen con semejantes turnos de guardia. ¿Quién demonios iba a colarse en un buque cochambroso como el *Morgentau*? Los polizontes, por regla general, eligen mejor sus medios de transporte.

Y en cuanto a ladrones...

Sintió tentaciones de reír al imaginar la sorpresa que se llevaría cualquier hipotético ladrón que tuviera la mala ocurrencia de colarse en el barco para robar. Iba a verse en un aprieto para llevarse la pesada carga que transportaban.

Mirando por encima de la borda, podía ver el otro buque amarrado a corta distancia, cuyas luces de situación eran apenas visibles dentro de la negra silueta del navío.

Decididamente, era una maldita noche, se repitió una vez más.

Justo en ese momento, la sombra se materializó a su lado como si acabara de surgir de la misma niebla. El hombre dio un salto ante la amenazadora proximidad. Su mano, de modo instintivo, se cerró en torno a la culata de la pistola.

Una voz gruñó:

—Tienes una metralleta apuntada a tu barriga. Saca la pistola y te parto por la mitad.

El hombre titubeó. ¿Cómo podía saber aquel maldito que estaba armado?

—Levanta los brazos. Muy altos, amigo... Muy altos, que pueda verlos bien a pesar de la niebla.

Obedeció porque ahora podía distinguir el cañón de una metralleta «Sien». Un cañón por demás extraño, porque había sido recortado y equipado con un voluminoso silenciador.

Otro hombre del que apenas pudo ver nada surgió, colocándose a su espalda. Una mano le despojó de su pistola. La misma voz de antes ordenó:

—No queremos matar a nadie si no nos obligan, de modo que pórtate bien, muchacho...

—¿Quién demonios...?

Su voz se apagó cuando un objeto terriblemente duro se estrelló contra su nuca. Sintió una explosión y la niebla pareció penetraren

su cerebro.

No llegó a caer. Unos brazos robustos le sostuvieron amorosamente.

—¿Qué hago con él, Max, le arrojo al mar?

—Atalo y asegúrate de que queda bien amordazado. Luego, únete a los demás y buscad el resto de la tripulación.

—Está bien, pero sigo pensando que un buen baño le sentaría de primera al tipo...

Jordán se deslizó por la cubierta hacia el camarote del capitán. Tras él, dos hombres corrieron silenciosamente hacia la cabina del radiotelegrafista en una operación bien coordinada y ensayada a bordo del *Lijón*.

Mayer acababa de quitarse la camisa cuando la puerta se abrió de golpe y Max entró de un salto.

—Tranquilo, capitán, si quiere vivir.

—¿Qué demonios significa esto?

Mayer retrocedió al ver la mortífera metralleta. Estupefacto, levantó la mirada hasta la cara del asaltante.

—¿Quién es usted?

Jordán sonrió. Sus ojos eran dos simas de hielo.

—Antes de irme le dejaré mi tarjeta, capitán. Ahora, por favor, coloque las manos detrás de su cabeza y no se mueva. Sería muy desagradable si tuviera que matarlo.

—Pero eso es absurdo. ¿Qué se propone? Porque no puedo creer que realice este descabellado asalto usted solo.

—Tengo algunos amigos míos a bordo, realmente... Ahora, las manos, capitán. ¿Dónde guarda su pistola?

El marino titubeó. Luego señaló un cajón de la mesa sobre la que descansaba el cuaderno de bitácora.

Max se apoderó de una «Mauser» 44, que introdujo en su cinturón.

—Lamento tener que atarle, capitán, pero es imprescindible. Tiéndase en la litera.

—Dígame cuál es su idea. Si piensa sacar algún beneficio de todo esto, déjeme decirle que...

—No perdamos tiempo. Vamos a hacer algo más que robar el dinero que pueda usted transportar en su caja fuerte.

Cinco minutos después, el marino estaba firmemente amarrado.

Antes de colocarle la mordaza. Max dijo:

—Tómelo con calma. Va a pasar usted algunas horas inmovilizado... Cuando hayamos terminado, podrán seguir su ruta.

—¡Maldita sea! ¿Cuándo hayan terminado qué?

La sonrisa que aleteó en los duros labios de Jordán no le tranquilizó precisamente.

—Las autoridades del puerto han recibido una notificación de los armadores de este barco en el sentido de que tiene graves averías en las máquinas, de modo que su cargamento será transbordado a otro carguero... ¿Entiende ahora?

—¡Condenación!

Max le amordazó de modo que pudiera respirar, pero sin que tuviera ni una oportunidad de librarse de la mordaza.

En aquel instante, en alguna parte de la nave sonó el seco estampido de un disparo. Luego, un grito y otra vez el silencio más absoluto.

Jordán escuchó unos segundos. Luego, sin prisas, sacó del armario un uniforme de capitán y se vistió con él. No le sentaba muy bien, pero era suficiente para lo que iba a necesitarlo. Encasquetándose la gorra de Mayer se volvió hacia éste, sonriendo burlonamente.

—Espero devolvérselo en buen estado, capitán.

Apagó la luz y salió del camarote.

Se dirigió a la cabina de radio. Sus hombres habían ocupado también aquel puesto clave.

—El operador está abajo, con el resto de los tripulantes, Max.

—Magnifico, Lombard. ¿Sabes quién disparó?

—No. Debió ser uno de los oficiales del buque, porque todos nosotros llevamos silenciador en las armas.

—Bueno, ya sabes lo que tienes que hacer si se recibe alguna comunicación.

Volvió a descender a la cubierta. Giuseppe surgió por una escotilla.

—Listo, Max. Los tenemos a todos en el bote. Ninguno podrá molestarnos hasta que todo haya terminado.

—¿Y el disparo?

—El segundo oficial. Por poco me vuela la cabeza...

—¿Y...?

—Bueno, he tenido que darle lo suyo.

—¿Muerto?

—Ojalá, el maldito... Pero no, sólo tiene un plomo en una ala. Creo que le he roto el brazo.

—Está bien, distribuye a los hombres. Tan pronto amanezca llegarán los descargadores. No deben advertir nada sospechoso. Para ellos, nosotros somos los verdaderos tripulantes. ¿Está claro?

—Seguro. Y yo soy el segundo de a bordo —rió el italiano con sarcasmo—. Voy a ver si encuentro un uniforme en alguna parte...

Desapareció en medio de la niebla. Max se encamino al puente. Allí, Ribeire masticaba su pipa, tan impasible como una estatua.

—¿Todo bien? —inquirió Jordán.

—Tú mismo puedes verlo. Podríamos habernos ahorrado la descarga de este trasto. Tú y yo lo hubiéramos llevado a cualquier parte sin tanto trabajo.

Max rió entre dientes y buscó un lugar donde sentarse. Encendió un cigarrillo y no replicó.

Poco después. Ribeire dijo:

—De todos modos es un buen golpe.

—Eso puedes asegurarlo.

—¿Has visto el cargamento?

—No, pero a juzgar por las toneladas que lleva este cascarón, es material pesado. Ahora iré a darle un vistazo.

—¿Artillería?

—Tal vez.

Apuró el cigarrillo y se levantó.

Ribeire comentó como despedida:

—Ésta va a ser una noche muy larga. Max.

—Sí, seguro...

Abandonó el puente y se internó en las entrañas de la nave.

A última hora de la tarde siguiente, las últimas y gigantescas cajas eran trasladadas del *Morgentau* al *Lijón*. Desde la borda. Max contempló la maniobra y suspiró. El carguero estaba completamente vacío.

Comenzaba a levantarse la niebla otra vez. Algunas luces se encendían aquí y allá, pero los descargadores del puerto seguían trabajando ganándose la sustanciosa prima que Max había concertado con los encargados de la contrata.

Giuseppe se acodó a su lado.

—¿Qué te parece? Lo hemos conseguido, muchacho...

—Sí.

—Cañones y ametralladoras pesadas. Y más de cien toneladas de armas automáticas.

—Y todo el material de una estación de radar, y miles de toneladas de munición —rió Jordán—. Todo ello bajo las siglas de maquinaria agrícola. Eso me devuelve a los viejos tiempos. Giuseppe.

—Sólo que entonces tenías que pagar los cargamentos...

—Estuve pensando en esos bastardos... ¿Qué crees que harán cuando sepan lo que hemos hecho?

—Bueno, redoblarán sus esfuerzos para cazarte, eso es seguro.

—Eso es lo que me preocupa —gruñó entre dientes—. ¿Tienes miedo?

—¡Maldita sea, claro que tengo miedo! Esa gente no se detiene ante nada. Han asesinado, raptado y asaltado en todos los países del mundo... donde se les ha antojado... Liquidar a un tipo no es nada que les quite el sueño.

—Bien, te dije que utilizaría sus mismos medios.

—Eso no me tranquiliza en absoluto.

—Olvidalo. Yo me ocupare de mi pellejo. ¿Tienes el inventario del cargamento?

—Hasta el último cartucho. Lo que no comprendo es para qué infierno lo quieres... Ellos podrían haberlo realizado al descargar. ¿O no te fías?

—Claro que me fió. Pero esa relación va a ir a los periódicos. Giuseppe.

—¿Qué? —rugió el italiano.

—Vamos a darle publicidad al asunto. Hasta ahora los americanos pregonan que ellos no venden ni un cartucho.

Eso demostrará que son unos mentirosos. Y adjuntaré la relación de los otros dos cargueros que en estos momentos navegan cargados hasta los topes de material de guerra. Espero que eso arme un poco de revuelo.

—Ya veo. Eres un pirata consecuente, no cabe duda.

Giuseppe se alejó, riéndose como un chiquillo.

Max dejó a uno de sus hombres vigilando la pasarela y se

encaminó al camarote del capitán. Los ojos enrojecidos de Mayer le fulminaron cuando le vio.

—¿No durmió, capitán? —sonrió Max.

Fue a sentarse ante la mesa y encendió un cigarrillo. Comenzó a revisar el contenido de los cajones, papel por papel. Luego leyó las anotaciones del cuaderno de bitácora y del diario de navegación.

Volviéndose hacia el enfurecido marino, dijo:

—Nuestro buque levará anclas esta misma noche, capitán. Tan pronto esté en alta mar les dejaremos libres a todos ustedes para que puedan regresar a Amberes en busca de otro cargamento... Por supuesto, tengo la corazonada de que el próximo viaje lo harán sin escalas...

Se levantó, acercándose a la caja fuerte. Examinó los diales y silbó entre dientes.

—Una buena lata de sardinas, capitán.

Sólo le respondió un apagado gruñido.

—Estoy tentado de ver qué contiene... ¿Cuál es la combinación?

El marino sacudió la cabeza de un lado a otro. Jordán no se inmutó. Abandonó el camarote y cuando regresó lo hizo acompañado de Giuseppe, al que señaló la caja.

—El capitán no quiere facilitarnos la combinación —dijo con ironía—. Tal vez tú desees revivir los viejos tiempos, cuando yo te conocí.

El italiano dejó escapar un largo suspiro. Instintivamente se frotó los dedos de una mano con los de la otra, acariciándolos casi.

—Es un modelo muy reciente. Max —dijo—. Y yo he perdido práctica desde entonces. Esa maldita inactividad a que me sometiste...

—Pruébalo de todos modos, mientras doy un vistazo arriba.

Giuseppe estudió concienzudamente los diales de la caja. Después, se volvió hacia el enfurecido capitán Mayer.

—¿Por qué no facilita usted las cosas, hombre? —le espetó de mal talante—. Podría ahorrarme mucho trabajo.

El marino barbotó algo insultante a través de la mordaza. Giuseppe sacudió la cabeza.

—Está bien, está bien, lo haré a mi manera.

Y comenzó a trabajar luchando por recordar sus viejos tiempos pasados, aquéllos en que era considerado como uno de los más

hábles revientacajas de toda Europa...

CAPÍTULO X

Faltaba poco para el amanecer cuando el radiotelegrafista llamó a Jordán a través de los intercomunicadores del buque.

Max se reunió con él en la cabina de radio.

—Mensaje del *Lijón* —anunció el operador—. Navega en alta mar a toda máquina. Hasta ahora sin tropiezos.

—Espléndido. Démosle un par de horas más de ventaja y luego nos largaremos de aquí. Sigue atento a las comunicaciones que recibas: a estas horas alguien debe empezar a inquietarse por el retraso de este trasto.

El tipo asintió con un gesto y Max regresó al lado de Giuseppe, en la cabina del capitán. Sobre la mesa había multitud de papeles sacados de la caja de caudales, además de tres gruesos fajos de billetes, la mayoría dólares americanos a los que el italiano dedicaba frecuentes vistazos.

—Tú te quedas con los documentos y yo me encargo de esa hermosura. Max —propuso, señalándolos—. Debe haber cien mil dólares aquí.

—Tal vez. Guárdalos para repartirlos entre los muchachos a partes iguales.

Giuseppe no se hizo repetir la orden. Los fajos de billetes desaparecieron rápidamente. En la litera sonó un seco gruñido.

Volviéndose hacia el capitán. Max esbozó una sonrisa.

—Tranquilo, amigo. Le falta poco para recobrar la libertad. No lo estropee a última hora...

—¿Por qué está tan nervioso. Max? —indagó Giuseppe.

—Demasiadas horas amarrado Apuesto a que se encuentra hambriento.

Siguió con el examen de los documentos. La mayoría eran relativos a la navegación, órdenes de embarque y comunica clones con las oficinas centrales de la compañía que presidía el misterioso

Masarck.

Los apartó a un lado y abrió un sobre amarillo cuidadosamente lacrado. A sus espaldas el capitán lanzó algo semejante a un gemido.

Jordán leyó lo que pudo de los documentos encerrados en el sobre. El resto estaba en una clave extraña que no comprendió.

—Ahora puede que hayamos dado con algo verdaderamente importante —refunfuñó. Giuseppe se inclinó junio a él.

—¿Qué te hace pensar eso? Yo no veo nada extraordinario en esto...

—El solo hecho de que estén escritos en clave ya indica que son importantes. Pero en esa hoja de instrucciones se ordena al capitán descifrar la clave sólo después de haber zarpado de Marsella, y eso es lo que vamos a hacer ahora mismo. Quítale la mordaza.

El marino lanzó un largo suspiro cuando se vio libre para hablar. Trató de hallar insultos lo bastante contundentes con que expresar lo que sentía, pero fracasó. Su ira era tal, que ni siquiera su voz le obedecía.

Max le mostró los documentos.

—Quiero la clave, capitán. Voy a descifrar esto y no pienso perder tiempo, de modo que adelante...

—Nunca, nunca lo conseguirá con mi ayuda.

Giuseppe juró entre dientes.

—Déjemelo unos minutos por mi cuenta, Max —sugirió con voz amenazadora—. Apuesto que te pedirá a gritos que aceptes su ayuda.

—Eso lleva tiempo...

—Yo sé cómo hacerlo rápido. Aprendí algunos trucos en mis viejos tiempos, ya sabes.

—Yo también, pero creo que lo haremos por la vía rápida.

Se acercó a la litera y examinó fijo al capitán Mayer. Gruesas gotas de sudor brillaban en la frente del marino.

—Ha perdido usted su cargamento, capitán —gruñó—. Ahora me pregunto si le gustaría perder también su barco.

El hombre respingó a pesar de estar amarrado. Giuseppe rió al comprender lo que Jordán se proponía.

Éste añadió:

—Le doy un minuto para decidirse, capitán. Transcurrido ese

tiempo ordenaré a mis hombres que abandonen el buque y lo dinamitaré. Disponemos de cargas de «plástico» suficientes para hundir un acorazado, de manera que todo depende de usted. El tiempo corre desde ahora mismo...

Mostró su reloj de pulsera y calló. Mayer jadeaba como si le faltara aire para respirar. Giuseppe contuvo el aliento y se mantuvo inmóvil.

Max dijo:

—Usted lo ha querido... Vámonos.

Giuseppe abrió la puerta. Mayer rogó:

—¡Libere a mis hombres, maldito sea usted! No puede sacrificarlos inútilmente.

—Admiro su valor, capitán, pero nadie saldrá del buque excepto mi gente. En realidad, estoy en guerra con la pandilla que le manda, de modo que...

Salió resueltamente. La voz del marino rugió:

—¡Vuelva aquí, hijo de perra...!

Giuseppe detuvo su acción de cerrar la puerta, Max se paró en el exterior.

—Vamos, Giuseppe —insistió.

—¡Espere!

Retrocedió, ceñudo.

—Tuvo usted un minuto para decidirse.

—¡No puede condenar a muerte a toda la tripulación! Le facilitaré la clave, todo lo que quiera.

Max fingió que titubeaba. Tras él, Giuseppe bufó y masculló una sarta de maldiciones en su idioma.

—¡Está bien! —accedió Jordán—. Pero cuidado con tratar de escabullirse con un truco.

—No, la clave está en mi bolsillo, una hoja de papel amarillo, en mi cartera...

El italiano se encargó de apoderarse de ella. Max volvió a sentarse ante la mesa y descifró el mensaje, mientras Giuseppe le observaba, intrigado.

Vio la contracción de las facciones de Max, la palidez que invadió su rostro y el fulgor demoníaco relampagueando en su mirada.

—¿Qué demonios es eso, Max? —indagó—. Cualquiera diría que

estás leyendo tu sentencia de muerte.

—¡Es la sentencia de muerte del Lijón!

—¿Qué?

—Hay un poderoso explosivo en una de las cajas del cargamento. Estallará a las siete y media de esta mañana...

Dio un brinco y salió como una tromba rumbo a la cabina de radio. Minutos después, había establecido contacto con el carguero y ladraba órdenes para que buscasen la bomba, para lo que sólo disponían de dos horas.

Cuando volvió al camarote del capitán, su rostro era una máscara de expresión torva.

—¡Maldita sea su ralea, capitán! —Gruñó—. Estaban dispuestos a hundir su buque y su cargamento, sólo para acusar de ello a los árabes. Un ataque naval que toda su poderosa prensa habría aireado, a fin de justificar sus criminales bombardeos. ¿No es cierto?

—Yo no sabía nada de estas instrucciones, no las había leído todavía...

—Pero las habría acatado a rajatabla.

El marino asintió en silencio Giuseppe estalló:

—¡Vamos a volarlo de todos modos. Max! Es lo que pensaban hacer, de manera que les daremos gusto...

Jordán sonrió como un lobo.

—Nada de eso. Hay una pequeña parrafada que interesara a la tripulación, porque la mitad de ella estaba condenada a morir. Todos los tripulantes que no tienen la nacionalidad del capitán habían de ser encerrados en las bodegas y sacrificados... Así hubieran tenido un argumento humanitario para las sangrientas represalias que tenían planeadas. Creo que les leeré esto en voz alta a todos ellos y luego las pediré que firmen este documento uno tras otro, capitán.

—¿Y luego...?

—Hay muchos periódicos en Europa que no están controlados por esas organizaciones, amigo. Publicarán esto en primera página, junto con el relato de nuestra intervención. Amordázalo otra vez. Giuseppe.

—¡Espere...!

El italiano volvió a colocarle un pañuelo en la boca y luego

aseguró su obra con largas tiras de cinta adhesiva, y esta vez nadie se preocupó de que pudiera respirar cómodamente.

Los dos se encaminaron a las entrañas del buque, allí donde la tripulación permanecía encerrada y vigilada por los hombres de Max.

En unos minutos, los tripulantes estuvieron separados en dos grupos. En total, había doce hombres que, según el documento secreto, hubieran sido condenados a morir de un modo horrible. Los había franceses, españoles, dos argelinos, un holandés y dos cuya nacionalidad no quedaba muy clara.

Max dijo escuetamente:

—Aunque ustedes no lo saben, éste iba a ser su último viaje. Estaban sentenciados a morir cuando este buque hubiera sido hundido por el capitán, siguiendo órdenes del estado mayor que controla el negocio de armamento y las operaciones militares israelíes. Escuchen las órdenes cifradas que el capitán tenía que poner en práctica a una hora determinada...

Leyó el documento y las firmas que lo certificaban, letra por letra, escoltado por Giuseppe y Ribeire, ambos armados con metralletas «Sien» especiales.

En los primeros momentos se produjo un silencio lleno de estupor. Luego hubo un sordo murmullo dentro del cual las voces de ira fueron aumentando por instantes.

Jordán esperó, erguido y rígido, escrutando los rostros de los enfurecidos marineros.

Al fin, uno de ellos adelantó unos pasos.

—Eso explica que nos trasladasen de barco esta vez —dijo con voz que vibraba de ira—. Casi todos nosotros navegábamos en otros buques de la misma compañía, y para esta ocasión nos concentraron en el *Morgentau*...

Giuseppe gruñó:

—Pueden afirmar que acaban de nacer todos ustedes.

—Mi nombre es Van Moren, señor —anunció el marino dirigiéndose a Max—. Me gustaría mucho saber a quién debo la vida.

—Max Jordán es el mío. Encárguese usted de que su grupo abandone el barco tan pronto nosotros nos hayamos largado de aquí. Pero dejen el resto de la tripulación encerrada para darnos

tiempo a desaparecer de Marsella, ¿entendido?

—¡Cuenta con nosotros, Jordán!

Max sonrió, pero añadió:

—Antes de marcharnos quiero algo más de ustedes, aunque sólo sea como compensación por haberles salvado el pellejo. Sus firmas en este documento.

Van Moren se volvió a sus compañeros.

—¿Conformes, muchachos? —preguntó.

Todos asintieron, ante la temerosa expectación del resto de los tripulantes. Jordán esperó a que terminaran de estampar sus nombres y luego guardó el documento cuidadosamente.

—Recuérdelo, Van Moren —dijo—. Nadie debe salir de aquí hasta dentro de quince minutos.

—Yo me encargo de eso, señor... Aunque se me ocurre que tal vez fuera una gran cosa pegarle fuego al buque, ¿eh?

—Olvídelo. Es preferible que los periódicos puedan entrar en él como una manada de lobos tan pronto les de aviso. Buena suerte a todos.

Salió escoltado por sus amigos. Diez minutos después todo el grupo de Jordán había abandonado el *Morgentau*.

Y poco más tarde, la noticia había saltado en las redacciones de los periódicos de Marsella, y el teletipo crepitaba en las oficinas parisienses de las agencias informativas. Pero cuando la avalancha de reporteros se desató sobre el barco, Jordán y sus hombres estaban ya muy lejos de Marsella.

CAPÍTULO XI

El escándalo periodístico alcanzó proporciones inmensas. Los periodistas habían cazado uno a uno cuántos marinos pudieron localizar, empezando por Van Moren. Sus declaraciones fueron demoledoras, casi eclipsando el hecho en sí de haber sido escamoteado todo el cargamento del *Morgentau*.

El nombre de Max Jordán saltó a las primeras páginas, encabezando las historias, a cual más sensacionalista. El episodio de la bomba criminal navegando en las entrañas de otro barco fue aprovechado en todo lo que valía, como hecho de suspense en un relato de por sí rebosante de tensión. La información de que el artefacto había sido localizado antes que hiciera explosión casi pasaba desapercibida en medio del alud de noticias que se sucedían edición tras edición, sin que la tímida campaña emprendida por los órganos controlados por las agencias judías de noticias pudiera borrar el terrible impacto internacional.

Jordán, rodeado de periódicos esparcidos a su alrededor, se recostó en la butaca y suspiró. Giuseppe dijo:

—Eso hará que toda una jauría de matarifes se lance en tu búsqueda, Max.

—Bueno, les recibiremos como se merecen si logran llegar hasta aquí.

—Pero tendrás que salir alguna vez, digo yo. Saben que debes presentarte en la Prefectura forzosamente...

—Ya cuento con ello. Lo que me pregunto es qué hará el comisario Burgoine.

—Nada. Después de todo, el cargamento que robamos estaba destinado a ser hundido en mitad del Mediterráneo...

Jordán se echó a reír.

—Es un argumento a tener en cuenta si nos vemos ante un tribunal —dijo con ironía—. Pero de momento, ocúpate de que

estén todos en sus puestos. Y asegúrale de que nadie te sigue cuando regreses, ya nos costó lo suyo encontrar esta villa, para que tengamos de mudarnos otra vez.

—Olvidalo. No nací ayer.

—Hay veces que lo dudo.

Refunfuñando, el italiano abandonó la estancia. Max permaneció unos instantes inmóvil. Luego descolgó el teléfono y marcó un número de Cannes. Esperó unos instantes y al fin una voz aguda indagó:

—¿Quién llama?

—Quiero hablar con Jan Dachs. Personalmente.

—Muy bien, pero ¿quién es usted, por favor?

—Dígale que es acerca del *Morgentau*. Le conviene hablar conmigo...

—Espere, veré si el señor Dachs está en casa.

—Seguro, seguro.

Esperó casi un minuto y eso le dio que pensar. Sonrió para sí. Luego, la voz de Jan Dachs gritó:

—¿Qué sabe usted del *Morgentau*?

—Hola. Dachs.

—¿Qué, quién...?

—Max Jordán al habla.

—¡Condenación, usted!

—Imagino que un tipo con tantos recursos como usted está en condiciones de averiguar el origen de una llamada telefónica... Quizá por eso he tenido que esperar todo este tiempo. Así que voy a colgar, querido hijo de perra. Le llamaré desde otro teléfono más tarde.

—¡Espere!

—Dele mis saludos a Masark y a Gottwald entretanto.

—¡Maldito! ¿Cómo ha podido saber que están aquí?

Max colgó, estupefacto. Ni en sueños había supuesto que los dos implacables cerebros de los comandos de acción estuvieran en Cannes. En realidad había dicho aquello más que nada para poner nervioso a Dachs.

Y había acertado en el centro de la diana.

Asombroso.

Se vistió, revisando al mismo tiempo una pistola «Mauser»

especial, provista de silenciador, que sujetó en el cinto. Luego abrochó la chaqueta veraniega y se dispuso a salir.

En aquel instante oyó el alboroto en el vestíbulo. La voz furiosa de Giuseppe crepitaba como una ametralladora en su idioma materno, tan sonora como un clarín.

Jordán se deslizó hacia donde sonaban las voces. Y de pronto se quedó petrificado al reconocer la de Sonia, tan vibrante o más que la de su hermano.

Los dos entraron tumultuosamente. Sonia se interrumpió al descubrir a Max y sus ojos se iluminaron.

Giuseppe bufó:

—¡Esta maldita cabeza loca. Max!

Jordán le tranquilizó con un ademán.

—Tu hermana tiene una fabulosa capacidad para complicarlo todo —dijo con calma—. ¿Cómo infiernos has llegado hasta aquí, nena?

Sonia se acercó a él y se abrazó a su cuello sin importarle la presencia de su hermano.

—Estuve en el yate... Lombard resistió todo lo que pudo, pero al final me dijo dónde estabas. Es un muchacho romántico y le convencí.

—¡Le arrancaré la cabeza a ese bocazas! —prometió Giuseppe con voz semejante a un bramido.

Más positivo. Max sólo preguntó:

—¿Has pensado que pueden haberte seguido como la otra vez, muchacha?

—¡Qué va! En esta ocasión me aseguré, querido.

Empinándose sobre la punta de los pies, alcanzó los labios de Jordán. Éste la abrazó sintiendo cómo la presión del cuerpo de la muchacha reavivaba una vez más el fuego que ardía en su corazón.

Giuseppe lanzó un juramento. Luego, al advertir que ni se acordaban de su presencia, dio media vuelta y se largó refunfuñando.

Sonia susurró:

—Querido...

—No debiste venir. Te lo advertí.

—Te juro que traté de resistir la tentación.

—Tu resistencia debe tener muchos puntos débiles.

—Voy a quedarme contigo pase lo que pase, Max. Aquí, en esta casa.

—No me cabe duda que estás completamente loca. Sabes en el embrollo en que andamos metidos. Éste es un juego en el que la muerte es el premio mayor.

—Estoy dispuesta a jugarlo si estoy junto a ti.

Él la besó de nuevo.

—Está bien, pequeña mía —musitó poco después—. Te quedaras aquí hasta que todo esto haya terminado. Nadie, excepto Lombard y tu hermano conoce este refugio, de manera que estarás segura. Pero, como te vea asomar tu linda nariz fuera del jardín, te ganarás unos azotes donde más te duela. ¿Entendido?

—Lo que tú digas...

La apartó.

—Ahora debo irme. Ten cuidado, pequeña.

La dejó sola y emprendió el camino de Cannes a bordo del coche alquilado, un «Mercedes» gris perla relativamente discreto en un lugar como la Costa Azul.

Cerca de la población encontró una cabina telefónica junto a un desvío. Detuvo el coche y volvió a establecer comunicación con su mortal enemigo.

La voz de Jan Dachs retumbó a través del auricular.

—Deseo que la lectura de los periódicos les haya divertido. Dachs —le espetó con sarcasmo.

—Espero divertirme mucho más cuando le tenga a usted donde yo quiero. Jordán. ¿Me ha llamado sólo para decirme eso?

—Hay otras razones, naturalmente. Por ejemplo, quiero decirle que el siguiente es usted.

—No comprendo...

—Está tratando de ganar tiempo para localizar la llamada... Oh, está bien, hágalo. Me refiero al siguiente de la lista. El primero era Kibler.

—Va veo. ¿Cómo piensa hacerlo?

—Depende de las circunstancias, naturalmente.

Hubo un silencio. Max imaginó la febril actividad que su llamada estaba desencadenando, tendente a localizar el teléfono desde el cual llamaba. Si Dachs disponía de tan poderosas influencias como Giuseppe había dicho, no cabía duda de que lo

conseguiría pronto.

—¿Jordán? —Gruñó la voz del auricular.

—Todavía estoy aquí.

—Tal vez estuviera dispuesto a llegar a un acuerdo.

—¿Con usted personalmente?

—Con todos nosotros. Realmente, sería con la organización.

Podría ser muy beneficioso para usted.

—En todo caso, no cabe duda que lo sería para ustedes. Tienen mucho que perder.

—Usted puede perder la vida. Conoce nuestros métodos de lucha y sabe que no nos detenemos ante nada.

—Exactamente Gracias a estos métodos, Kibler y su gente están muertos. De todos modos, tal vez decida pensar si me conviene o no.

—Escuche, fije un lugar para entrevistarnos. Tengo propuestas concretas que ofrecerle.

—Apuesto que una de estas propuestas es rebanarme el pescuezo...

—¡No sea estúpido!

—Lo pensaré, pero no confíe mucho, Dachs. El asesinato de Karin convirtió esta lucha en un desafío a muerte.

Colgó de golpe y regresó al coche. Manióbró internándose por el desvío que conducía a las colinas y poco después estacionó a un lado, regresando a pie sobre sus pasos.

No necesitó esperar mucho tiempo. Un «Cadillac» negro apareció procedente de Cannes y fue a estacionarse a poca distancia de la cabina. Dos hombres se apearon de él, mientras un tercero continuaba sentado ante el volante. Dieron un vistazo a la cabina y sus alrededores. Jordán sonrió desde su observatorio, maravillándose de lo rápido que se movían aquellas gentes despiadadas e implacables cuyo designio era el mismo que abrigaba por su parte: matar.

Esperó hasta que se fueron. Después, tomó su coche y siguió el mismo camino que los pistoleros.

CAPÍTULO XII

El auto, un «Bentley» negro, se estacionó junto a la acera y dos de sus cuatro ocupantes se apearon. Uno señaló la entrada de la agencia y ambos se encaminaron a ella.

Un gran salón en el que relucían las carrocerías lujosas de varios coches les recibió. Los dos dieron un vistazo a los vehículos. Luego, el encargado apareció procedente del fondo, con una gran sonrisa de anuncio dental en su cara de luna llena y los hombres dejaron la contemplación para enfrentarse con él.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros? —Runruneó el empleado—. Además de los coches que ven, tenemos...

—No queremos alquilar ningún coche, amigo.

La sonrisa se esfumó de golpe como si jamás hubiera estado a la vista, y sólo quedó la insulsa cara de luna llena.

—Entonces, no comprendo...

—Andamos buscando un amigo nuestro, ¿usted comprende? Sabemos que llegó a Cannes hace unos días, y probablemente alquiló un coche. Tal vez realizó la operación en su firma, de manera que deseamos su ayuda.

—Bueno... Eso es sorprendente. Opino que sería mejor buscarlo en los hoteles.

—Hay centenares de hoteles en Cannes y sus alrededores, usted lo sabe bien. En cambio, sólo existen diez casas que alquilen coches. Resulta así mucho más fácil.

—Sí, claro...

Uno de los hombres sacó una fotografía y la mostró al empleado.

—Éste es el amigo ¿le alquiló algún auto?

Un ligero vistazo le bastó para asentir con un gesto. Los dos indagadores cambiaron una brillante mirada.

—¿Está seguro?

—Por completo. Eligió un «Mercedes» gris, después de probarlo.

—Estamos de suerte —comentó el más alto de los dos—. Ésta es la cuarta agencia que visitamos... ¿Cuál fue la dirección que dio como residencia?

—Tendría que mirarlo. Un momento.

Entró en el despacho encristalado del fondo. Le vieron a través de los cristales como revisaba las anotaciones de un libro, y luego anotaba algo en un papel. Durante esos breves minutos ninguno de los dos dijo una palabra.

—Aquí está... Señor Jean André... Ville Roses, en la carretera de Fleubert.

—Muy amable. Eso es cuanto necesitamos.

Salieron a escape. El empleado les siguió con la mirada, viendo el poderoso coche ponerse en marcha y desaparecer calle abajo.

Encogiéndose de hombros, regresó a su garita de cristales, pensando quizá en el flojo negocio del día.

Él no podía saber el huracán de violencia que iba a desencadenar la simple información facilitada a sus visitantes...

Max salió del edificio de teléfono, después de su conferencia con El-Hassan, satisfecho en extremo. Entró en un bar y saboreó un doble de coñac. Luego, tomó el coche y emprendió el camino de regreso a la villa alquilada en que Sonia esperaba.

Durante el camino, apenas sí pensó en el mortal peligro que le acechaba en todo instante.

Se había acostumbrado a la idea de que tarde o temprano la violencia estallaría a su alrededor, habituándose a ella de tal modo que ya sólo era una sensación vaga en el subconsciente.

Al salir de una curva se cruzó con un rápido «Bentley» negro que chirrió sobre sus neumáticos debido a la velocidad. Maldijo entre dientes la estupidez de algunos conductores y siguió su camino.

Cuando llegó a la casa despertó de nuevo la premonición del peligro. Encerró el coche en el garaje y dio una vuelta por el jardín, escrutando los alrededores.

Todo le pareció tranquilo y desierto. Abrió la puerta y llamó:

—¡Sonia!

No obtuvo respuesta. Se dirigió a la salita y se detuvo en el umbral con una terrible sensación de angustia atenazándole.

Reinaba un absoluto desorden por todas partes, como si alguien hubiera luchado desesperadamente entre aquellas paredes.

—¡Sonia! —jadeó, al comprender la verdad.

Registró la casa en unos minutos, sólo para adquirir la certidumbre de que la muchacha no estaba en lugar alguno.

Dominando a duras penas el furor que le invadía, regresó a la planta baja. Por primera vez se sintió descorazonado, invadido por el desaliento más absoluto, al tiempo que la ira y las ansias de venganza se aposentaban en sus sentimientos.

Siempre había sabido la audacia y rapidez con que actuaban aquellos pistoleros. No en vano eran los mejor entrenados del mundo. Pero ahora habían dado muestras de una organización, habilidad e inteligencia asombrosas al conseguir localizar su refugio con tal premura.

Se dirigió al teléfono, dispuesto a convocar a todos sus hombres y asestar el golpe definitivo. Antes que pudiera descolgarlo el aparato llamó produciéndole un sobresalto.

Lo descolgó, casi seguro de la voz que iba a escuchar.

Y no se equivocó.

—¿Jordán? Habla Dachs.

—¿Dónde está la muchacha, hijo de perra?

—En nuestras manos, Jordán. Un hombre que se dedica a la clase de negocios que usted ya sabe no debería tener ni un solo punto flaco, ni una debilidad. ¿Comprende?

—¡Al grano!

—No se impaciente. Usted siente una especial debilidad por las mujeres, y lo malo es que se interesa sinceramente por ellas. Por supuesto, viendo a esa chiquilla uno puede comprender que alguien como usted pierda la cabeza por ella. Me pregunto si estaría dispuesto a ver destrozada esa belleza. Jordán...

Una corriente de hielo parecía haber sustituido a su sangre. Se estremeció.

—Diga lo que tenga que decir. Dachs.

—Es sumamente fácil. Venga a buscarla.

—Para poder liquidarnos a los dos, ¿eh?

—Le doy mi palabra de honor de que a ella no le ocurrirá nada si se entrega usted. La dejaremos libre tan pronto le tengamos aquí, solo y desarmado.

—Confiar en usted sería lo mismo que confiar en una familia de escorpiones, bastardo.

—De todos modos, no tiene más solución. Jordán. Debe entregarse, sin armas, sin avisar a ninguno de sus aventureros ayudantes, porque en cuanto lo haga esa mujer sufrirá un anticipo del infierno.

Max reflexionó desesperadamente. La voz de su enemigo surgió de nuevo, tranquila y fría.

—No intente pedir ayuda. Jordán. Su teléfono está intervenido, y usted está siendo vigilado incesantemente. De todos modos, quizá no sienta un interés muy grande por la chica, ¿eh? En cuyo caso no le importará lo que le suceda, por espeluznante que sea.

—Está bien. Dachs. No creo que tenga otra salida.

—No la tiene, en absoluto.

—Sé que está mintiendo respecto a liberar a Sonia. Dachs, porque no podrá dejarla libre después que les haya visto a ustedes, no obstante...

—¡Espere un minuto. Jordán! —le interrumpió el otro—. Ella está inconsciente. Fue narcotizada antes de traerla aquí, de modo que no es problema lo que haya podido ver.

—Entiendo. ¿Adónde debo dirigirme?

—Naturalmente, usted conoce mi residencia.

—Sí.

—Muy bien, venga. Y cuanto antes esté entre nosotros, antes también la muchacha será puesta en libertad.

Sabía que obedecer era la muerte. No tendría ni una sombra de esperanza una vez en poder de esa pandilla. Pero lo contrario significaría una tortura atroz para Sonia. Torturarla hasta el límite de la muerte no les quitaría el sueño a Jan Dachs y a sus socios.

—Usted gana, bastardo —accedió.

—Y viaje en el coche alquilado. Jordán. Ya lo conocemos. Gracias a ese coche dimos con su refugio.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó. Maldijo en voz alta lo que significaba un descuido imperdonable. Debió pensar en la astucia y adiestramiento de aquellos criminales, muy capaces de seguir la menor pista.

Colgó lentamente. Se despojó de la pistola «Mauser» sintiendo que le invadía el desaliento. Luego se dispuso a marchar, seguro que la advertencia respecto a tenerlo vigilado era cierta. No en vano conocía perfectamente los métodos de los comandos dirigidos por

Dachs y sus compinches.

Volvió a sacar el «Mercedes» del garaje y emprendió el camino. Cuando entraba en la carretera general procedente de la secundaria, un taxi de Cannes se cruzó con él obligándole a una violenta maniobra.

Ni siquiera tuvo ánimo para maldecir. Acelero y se dirigió recto hacia su destino, un destino que no era otro que la muerte.

CAPÍTULO XIII

Jan Dachs era un hombre delgado, pálido y de ojos alucinados. La crueldad parecía reflejarse en ellos como un fulgor apenas contenido.

Sonreía, y su sonrisa se le antojó a Max la mueca de un chacal.

Tras él, Masark y Gottwald parecían tan satisfechos como un par de gatos con un ratón. Ambos eran fuertes y de facciones correctas, tras las que ocultaban su implacable decisión.

Los dos pistoleros que le habían escoltado desde el jardín se mantenían a cierta distancia. Dachs preguntó:

—¿Le habéis registrado?

—No lleva absolutamente nada en los bolsillos, señor.

—Muy bien, vigiladlo.

Jordán se desentendió de todos ellos, aproximándose al diván donde Sonia permanecía tendida, inconsciente. Tenía las ropas en desorden, desgarradas y hechas trizas, huellas visibles de la lucha que mantuvo con sus raptos antes de que pudieran narcotizarla.

Tras él. Gottwald dijo:

—Nadie le ha hecho ningún daño... todavía.

Se volvió poco a poco.

—Quiero que la lleven a la casa, Dachs. Cuando recobre el conocimiento debe despertar allí.

Masark soltó una risita.

—Eso no podrá ser. Jordán.

—¿Qué?

—Ella es su cómplice. Sufrirá su mismo destino.

Un rugido de ira estalló en la garganta del aventurero. Dio un salto y cayó sobre Masark como una bala de cañón.

Rodaron por el suelo ante el aturrido estupor de los demás. El súbito ataque los pilló tan de sorpresa que tardaron unos segundos en reaccionar.

Masark gritó. Un espeluznante trallazo en la boca cortó su grito y le arrancó algunos dientes. Hubo un estallido de sangre cuando los labios aplastados dejaron al descubierto las encías.

Como un loco. Jordán le machacó despiadadamente convirtiendo en unos instantes aquel rostro correcto en una máscara infrahumana.

Entonces los dos pistoleros le cayeron encima tratando de separarle de su víctima. Ni siquiera advirtió los golpes que recibía. Vio bajo él la garganta de Masark al descubierto. Volteó la mano por puro instinto, un instinto que le empujaba a matar. El borde de su mano se abatió como el filo de un hacha contra el desgarnecido cuello.

Los ojos de Masark parecieron querer saltarle de las órbitas. Su cabeza sufrió un salvaje tirón y luego cayó a un lado.

Una culata golpeó la nuca de Jordán con terrible saña. Sintió que el mundo se esfumaba de su vista y cayó de bruces sobre Masark. Todavía luchó por incorporarse sobre las manos, pero un nuevo mazazo terminó con el dolor y la resistencia, y quedó inmóvil.

Dachs maldecía enfurecido. De un puntapié apartó el cuerpo de Jordán y se inclinó sobre Masark.

Apenas sin variar de postura. Gottwald dijo con voz llena de calma:

—No pierdas el tiempo examinándolo. Está muerto.

—¿Qué, cómo...?

—Le ha roto el cuello aplastándole la yugular. Es un golpe de karate aplicado por un experto.

—¡Es cierto! —jadeó Dachs como si no diera crédito a sus ojos

—. ¡Está muerto! Gottwald se encogió de hombros.

Sólo dijo:

—No hemos valorado en lo que valía a nuestro amigo, eso es todo.

Loco de ira, Dachs se incorporó y descargó un brutal puntapié a la cabeza de Jordán. Gottwald rió.

—Dale otro y lo matas. Jan —comentó con sarcasmo.

—¡Maldito sea! ¿No es eso lo que vamos a hacer con él, matarlo?

—Pero no tan pronto, mi impulsivo camarada. ¿Has olvidado el

cargamento? Ese tipo cobrará, o ha cobrado ya, en dólares americanos o libras esterlinas. Por otra parte posee una fortuna en alguna parte, amasada anteriormente con los innumerables cargamentos de armas que facilitó a los árabes. Ese dinero nos interesa y mucho.

A regañadientes, Dachs se apartó del cuerpo inerte de Max.

Gottwald señaló el cadáver de Masark y ordenó a los dos pistoleros:

—Sacadlo de aquí.

Esperó hasta que desaparecieron con su carga. Luego añadió:

—Te advertí desde un principio que estábamos siguiendo una láctica equivocada con Jordán. Conozco esa clase de individuos, Jan. Ya te avisé cuando planeaste el truco de las drogas en su barco.

—Cuando despierte me ocuparé de demostrarte cuál es mi táctica con perros de esta clase.

—Sigues equivocado. En nuestra lucha no tienen cabida los sentimientos personales. Ni el odio ni el rencor, ni el amor siquiera... Sólo la eficiencia. Me gustaría que me dijeras cómo explicarás la muerte de Masark ante el estado mayor de los comandos.

Dachs no respondió, paseándose de un lado para otro de la estancia.

Los dos pistoleros regresaron. Gottwald preguntó:

—¿Quién vigila el exterior?

—Meyer, señor.

—¿Y los otros?

—Dos se han dirigido a la villa de este hombre para registrarla. Los otros vigilan a la gente del yate para que a ninguno se le ocurra buscarlo.

—Magnífico... Ahora podemos ocuparnos de que nuestro amigo recobre el conocimiento cuanto antes. Tenemos mucho que hacer antes de la noche.

No obstante, y a pesar de sus esfuerzos, Jordán tardó casi diez minutos en dar señales de vida. Impaciente, Dachs refunfuñaba y se retorció las manos. Gottwald, perfectamente tranquilo, se inclinó sobre Max y preguntó.

—¿Puede oírme, Jordán?

Éste parpadeó y trató de enfocar la mirada.

—¿Cómo se siente, amigo?

—Podría haber sido peor...

—De eso puede estar seguro, aunque todavía estamos a tiempo de remediar eso.

Le ayudó a incorporarse, sentándolo en una silla. Max dirigió un vistazo a la inanimada Sonia y sintió un alfilerazo de angustia.

—Creí que... que ustedes eran luchadores por una causa que creían justa.

—Lo somos, por supuesto.

—Ningún luchador justo se ensaña con una mujer, Gottwald.

Éste sonrió.

—Bueno, digamos que las circunstancias nos han sido muy adversas. Le aseguro que prefiero entendérmelas con tipos como usted, pero nos vemos obligados a servirnos de ella.

Max sacudió la cabeza. Pensó que tenía algo suelto dentro de ella que golpeaba contra su cerebro y se estremeció, con un dolor agudo en el cráneo.

—¿Con qué fin?

El coronel, como le gustaba que le llamaran, replicó:

—Estamos interesados en recuperar algo que nos pertenece.

—Si se refiere al cargamento de armas, olvídelo. A estas horas está siendo descargado.

—Es lo que suponía. Pero usted habrá cobrado ya su importe. Mal vendido, vale un centenar de millones de dólares.

—Entonces equivoqué mis cálculos. Acepté ochenta millones solamente.

Gottwald asintió.

—Le creo ¿cobró ya?

—Han sido ingresados en una cuenta secreta, en Suiza, por supuesto. No creerán que me los entregaron en propia mano.

—Naturalmente que no; sabemos perfectamente cómo se realizan esta clase de operaciones. Ochenta millones son mucho dinero para un hombre que va a morir, Jordán. Sobre todo, si tenemos en cuenta que en sus cuentas secretas deben haber muchos más procedentes de sus anteriores operaciones.

—¿Quieren un inventario de mi fortuna? —replicó Max con hiriente sarcasmo.

—Bueno, sólo aproximadamente. No importa un millón más o

menos.

Jordán irguió la cabeza. Un cuchillo al rojo pareció taladrarle la nuca al hacer ese simple movimiento. Esbozó una mueca y gruñó:

—¿Con qué infiernos me golpearon? Bueno, no importa... ¿Para qué quieren saber a cuánto ascienden mis cuentas?

—Porque usted firmará distintas órdenes de pago, Jordán. A nuestro nombre, por supuesto. Ese dinero, en realidad, nos pertenece.

Se echó a reír forzosamente.

—Nunca creí que fuera usted un soñador, coronel... Porque le ascendieron a coronel, si no me equivoco.

—Está usted bien informado. Realmente, tengo el grado de coronel en el departamento de información.

—Información y asesinos a sueldo, sociedad anónima, sería la denominación exacta.

—Celebro que conserve el sentido del humor. Volviendo al tema económico...

—No hay nada que hacer.

Gottwald señaló hacia Sonia.

—Mírela.

Max ladeó la cabeza. Sonia comenzaba a rebullir, gimiendo suavemente.

—Es realmente hermosa. Jordán. Una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida, palabra de honor.

—Espere un momento —le atajó—. Antes Masark ha admitido que piensan matarla, de modo que si me ofrecen su vida a cambio de mi fortuna olvídalo, porque no le creeré. La matarán de todos modos.

—Muy cierto, Jordán. Pero...

Se acercó a un estante y tomó un frasquito, mostrándolo a Max.

—Fíjese bien —dijo.

Vertió una sola gota en el suelo. El duro terrazo humeó un instante. Luego, un profundo agujero redondo y limpio apareció allí donde el líquido había mordido.

—¿Comprende?

—No soy ningún tonto. O les cedo todo mi dinero o ese líquido destrozará toda la belleza de Sonia.

—Justamente. Jordán. E incluso es posible que, si sobrevive,

desistamos de matarla, aunque ella se mate después, cuando se vea en un espejo.

—Y éstos son sus métodos de lucha. Una lucha justa, según sus periódicos. Nobles guerreros del siglo xx.

—¿Qué decide?

Sonia despertó de pronto, aturdida, y logró sentarse en el diván. Max abandonó la silla a pesar de la amenaza de la pistola y fue a reunirse con ella.

—¿Cómo te sientes, nena?

—¡Max, Dios santo!

Se abrazó a él y comenzó a sollozar. Gottwald aprovechó el momento psicológico insistiendo:

—¿Y bien, Jordán?

Éste asintió con un gesto.

—Ustedes ganan.

Sonia sollozó con voz entrecortada:

—¿Qué ha sucedido, cómo estás aquí, Max?

—Es una larga historia.

—Pero ¿qué van a hacer con nosotros?

Dachs, cansado de su mutismo, ladró:

—¡Matarlos! ¿Qué otra cosa?

Max se volvió como un rayo. Sólo los brazos de la muchacha le retuvieron. Gottwald gruñó:

—Es mejor que mantengas la boca cerrada hasta que esto haya terminado. Jan.

Abrió una gran cartera de mano, sentándose ante una mesa. Seleccionó una serie de documentos y se puso a escribir.

Sonia había dejado de llorar. Su voz se afirmaba por momentos, cosa que complació a Jordán.

—Nunca debí seguirte, Max —susurró—. Sé que te han capturado por mi culpa.

—Bien, olvídalo. Tarde o temprano esto debía ocurrir. Lo malo es que estés tú por en medio.

—Creo... creo que podré soportarlo si estás conmigo.

Max pensó que le hubiera gustado ser uno de esos superhombres de los seriales de televisión, capaces de dejar fuera de combate a cinco o seis enemigos armados sin más ayuda que sus manos desnudas. Sonrió para sí ante la incongruencia de todo esto. Iban a

morir y no había paliativo alguno a esta situación. Dos pistoleros amenazándole en todo instante con sus armas, más Gottwald, duro y peligroso, y seguramente también armado. Y sobre todos ellos, el sádico y vengativo Dachs.

Sintió una gran piedad y ternura por la muchacha. Inclinandose, la besó suavemente.

—Tranquilízate —susurró—. Todavía vivimos.

Dachs soltó una brutal carcajada.

—No por mucho tiempo, Jordán —cacareó.

Max se levantó de un salto. Sólo que ahora los pistoleros estaban advertidos de sus fulminantes reflejos y le colocaron las pistolas tan cerca que no pudo dar un solo paso.

—Vuelve a abrir tu boca, Dachs —barbotó—, y ni un ejército de matarifes te salvará. Gottwald, desde la mesa, refunfuñó:

—Te advertí. Jan. Déjalos en paz. Y usted, Jordán, venga aquí.

Se acercó a la mesa. Había una profusión de órdenes de pago perfectamente legales contra los Bancos suizos en los que tenía depositada la mayor parte de su fortuna.

—Fírmelas. Luego, escribiré una caria a sus banqueros justificando la transferencia de todo ese dinero. Sólo para evitar suspicacias, por supuesto.

—En cierto modo, comprendo muy bien que le ascendieran a coronel, Gottwald. Es usted endiabladamente eficiente en su trabajo.

—Usted lo fue mucho más hasta que dejó intervenir su corazón en los negocios. Ha sido su talón de Aquiles, ¿no es cierto?

Se encogió de hombros y tomó la pluma.

En aquel instante sonó el seco estampido de un disparo en alguna parte del exterior. Todos dieron un respingo y uno de los pistoleros se precipitó hacia el ventanal. Dachs aulló:

—¡Meyer llevaba silenciador en su pistola!

Gottwald se había levantado y en su mano apareció un revólver de cañón corto con el que amenazó firmemente a Jordán.

—¡Firme! —rugió.

—Bueno, tal vez sea mejor esperar un poco Gottwald, furioso, volvió la mano armada hacia Sonia. Max vio levantarse el percutor y gruñó su asentimiento entre dientes.

Comenzó a firmar los papeles. Fuera reinaba el más absoluto

silencio. Desde el ventanal el pistolero dijo:

—¡No se ve nada!

—¡Llama a Meyer! —gritó Dachs.

Antes que pudiera hacerlo, sonaron unos pasos extraños al otro lado de la puerta. Los dos pistoleros se volvieron en redondo. La puerta se abrió violentamente y un hombre trastabilló en el umbral.

Espantados, los dos matarifes dispararon instintivamente. Sus armas apenas produjeron el menor sonido y el intruso acusó los impactos retrocediendo a trompicones, pero ni siquiera bajo las balas apartó sus engarfiadas manos del estómago.

Gottwald rugió:

—¡Basta, imbéciles, es Meyer!

El desgraciado se derrumbó de bruces y la sangre se esparció sobre la blanca alfombra. Dachs corrió hacia él y le dio vuelta con el pie.

—¡Estaba herido en el estómago! —jadeó.

Aturdidos, los dos pistoleros se quedaron rígidos, petrificados.

Dachs se levantó, retrocediendo. Gottwald ordenó:

—Tú, sal por la ventana y dirígete a la entrada principal.

Alguien ha entrado en la casa y le cazaremos entre dos fuegos.

El pistolero obedeció prestamente.

El revólver de Gottwald estaba fijo en Jordán.

—Usted. Colóquese junto a la muchacha y no se mueva.

Max retrocedió, mientras el pistolero que quedaba se dirigía a la puerta dando un rodeo para no ofrecerse ante la mirada de quien pudiera estar en el exterior.

—¡Ten cuidado! —advirtió Gottwald.

Dachs rugió:

—¡Ése ya ha firmado! Vamos a matarlos antes que...

—¡Cierra la boca, estúpido!

El pistolero llegó junto al quicio de la puerta. Se deslizó con desesperante lentitud, la pistola lista para disparar.

No sucedió nada. Adelantó la mano y después el cuerpo, buscando el menor signo de movimiento para disparar.

Max contuvo el aliento. No podía ni siquiera imaginar quién era el que estaba fuera: quién podía ser el arriesgado individuo que acudía en su ayuda, pero fuera cual fuera de sus hombres, confiaba en él porque todos ellos estaban entrenados hasta la saciedad.

El pistolero gruñó:

—Aquí no hay nadie, coronel.

Y adelantó un paso dispuesto a salir en busca del intruso.

Gottwald abrió la boca para gritarle una advertencia. No llegó a formularla. Sonó un atronador estampido y el pistolero rodó sobre sí mismo, llevándose las manos a la cara. No llegaron a ella y, al entrar a trompicones, su rostro no era más que una máscara.

Cayó sin un grito, casi atravesándose sobre su compinche.

Su muerte desató el sádico furor de Dachs, que se precipitó hacia Sonia con una pistola en la mano. Jordán dio un brinco inverosímil para cerrarle el paso al tiempo que Gottwald disparaba contra él.

La bala zumbó desgarrándole la chaqueta. Dachs trató de volver su pistola contra aquel bólido que se le venía encima, pero un puntapié demoledor pegó contra su muñeca y los huesos crujiéron. La pistola voló por los aires y él comenzó a rugir de dolor.

Max le derribó. Gottwald disparó de nuevo, pero era imposible acertar a Max en medio del revoltijo de brazos y piernas que se debatían en el suelo.

Gottwald adelantó unos pasos buscando su oportunidad. Entonces en la puerta, una voz rugió:

—¡Suelte la pistola!

Se volvió como un rayo. El hombre de la puerta apretó el gatillo y Gottwald acusó el impacto del grueso proyectil encogiéndose sobre sí mismo. Cayó de rodillas, todavía resistiéndose a morir.

Desde el suelo, Max rugió:

—¡Mátalo, mátalo!

Hubo otro estampido. Gottwald cayó y ya no se movió más. El hombre de la puerta entró mirando estupefacto la lucha.

Max descargó un trallazo a la cara de Dachs, apartándolo un poco de sí. Sonia chilló señalando la puerta.

—¡Hay otro fuera, está buscándole...!

El intruso dio un brinco y se agazapó a un lado. Dachs rugía de dolor.

El segundo pistolero entró como una tromba, gritando algo. Un balazo le detuvo en seco antes que pudiera darse cuenta real de lo que estaba sucediendo.

El intruso se aproximó a los luchadores. Max todavía no había

podido reconocerlo, pero gritó:

—¡No te metas en esto, es un asunto personal...!

Apartó a Dachs y se levantó de un salto. Dachs, rugiendo, ciego de sádico furor, con la muñeca rota y la cara aplastada, se precipitó contra él.

Le recibió un demoledor mazazo en la cara. Trastabilló, y antes que hubiera podido recobrar el equilibrio Jordan le martilleó salvajemente los costados con sus puños, duros como mazas.

Dachs volvió, gimiendo y gritando. Retrocedió a trompicones hasta encontrar el apoyo de la mesa, donde jadeó los cortos instantes que Jordan tardó ir a por él.

Cuando se movió de nuevo, su mano desapareció en un bolsillo y al surgir lo hizo empuñando un cuchillo automático. Apretó el resorte y la mortal hoja de acero saltó fuera con un chasquido.

Max se detuvo en seco.

—Eres el más vil y repugnante bastardo con que me he enfrentado jamás, Dachs —dijo con voz tensa—. Ni siquiera el cuchillo te salvará de mis manos.

Dachs se lanzó adelante esgrimiendo su arma como si fuera una espada. Sonia lanzó un chillido porque creyó que la hoja iba a ensartar a Jordan, pero éste esquivó con un hábil quiebro, alejándose del mortífero cuchillo.

La muchacha gritó, dirigiéndose al hombre de la pistola:

—¡Ayúdelo, le matará Está desarmado...!

—Señorita, Jordan dijo que eso era un asunto personal. Dejémosle que lo haga a su manera.

De nuevo Dachs se lanzó al ataque. El cuchillo describió un molinete a una pulgada del rostro de Max, que saltó hacia atrás. Pero tan pronto volvió a tocar el suelo disparó la pierna derecha. Acertó en el bajo vientre de Dachs y éste se dobló, retrocediendo a su vez con la mirada desorbitada.

Max avanzó entonces encorvado como un tigre, pronto a saltar. Dachs trató de pararle con el cuchillo y lo consiguió. Estaban separados apenas por dos pasos.

Jordán barbotó:

—¡Vamos, bastardo! ¿A qué esperas?

Dachs inició una finta. Estuvo a punto de tener éxito porque el cuchillo desgarró las ropas de Jordán limpiamente y llegó hasta su

cuerpo. Sintió una llamarada en su costado, pero ahora no retrocedió.

Su puño subió como un meteoro y golpeó entre los ojos a su enemigo. Intentó atrapar la mano armada pero falló por muy poco y Dachs salió lanzado hacia atrás, como empujado por un tanque.

Pegó de cabeza contra un estante y después rebotó en la pared. El estante y su contenido se fueron al suelo con estrépito. Algo se hizo añicos al caer. Dachs derrumbó al mismo tiempo, sin advertir que del suelo se elevaba una columna de humo. Sus manos buscaron apoyo para evitar caer de bruces.

El ácido corrosivo atrapó su carne tan fieramente como mordía las duras baldosas. Dachs aulló salvajemente tratando de apartar las manos y eso fue un error, porque el cuerpo, aturdido y falto de apoyo, se desplomó hacia adelante en medio del infierno de dolor que sentía en sus extremidades, laceradas por el ácido hasta el mismo hueso.

Lo que sucedió a continuación fue una pesadilla que ninguno de ellos olvidaría jamás. Jordán retrocedió, espantado a su pesar. Sonia corrió hacia él chillando histéricamente. Dachs pudo apartarse al fin del lugar en que el infierno se había cebado en su carne. Rodó en el suelo llevándose las descarnadas manos a lo que una vez fuera un rostro. Ahora no era más que una masa espeluznante, nauseabunda, sin facciones y sin forma, con huesos asomando por entre los jirones de carne.

La sangre se deslizaba entre el tenue humo que aún se desprendía de aquel horror. El intruso, adelantándose, bajó la pistola y disparó una sola vez.

—Lo siento, no podía soportarlo por más tiempo... —barbotó casi sin voz.

Max se desprendió de los brazos de la muchacha y se volvió.

Sólo entonces reconoció al hombre.

—¡Usted!

Era Van Moren, el marino a quien salvara la vida.

—Creo... creo que llegué en un buen momento —masculló el marinero.

—Nos salvó de una muerte cierta. Pero no comprendo...

—¿Cómo se me ocurrió venir?

—Ciertamente.

—Bueno, cuando usted abandonó el *Morgentau* yo no sabía quién era. Luego averigüé muchas cosas respecto a usted y sus negocios.

—¿Y...?

—Pensé que era el patrón que yo andaba buscando desde hacía años sin encontrarlo. Decidí pedirle un puesto en su organización, usted sabe... Tomé un taxi y me dirigí a su casa, la misma villa que me indicó uno de sus hombres una vez hube hablado extensamente con él.

—Un taxi... ¡Dios, el que se cruzó conmigo!

—Ni más ni menos. Traté de que el taxista le siguiera, pero el maldito se asustó de la velocidad y le perdimos de vista. Me costó casi una hora localizar su «Mercedes» ante la verja de esta casa. Luego vi al guardián armado y até cabos. Se me ocurrió que usted podría encontrarse en un apuro...

—Y me sacó de él. Van Moren.

—Bueno, digamos que ha sido mi tarjeta de presentación.

—Por descontado, amigo. Tiene usted un puesto en mi tripulación.

Sonia musitó:

—Salgamos de aquí, Max. ¡Esto es horrible...!

Abandonaron la estancia. Unos instantes después los tres se alejaban a bordo del «Mercedes» dejando atrás una pesadilla de muerte.

Van Moren, dijo:

—Espero que la policía tenga un buen dolor de cabeza cuando descubra este matadero. Por mi parte no lo la mentaré.

—¿Tiene alojamiento en Cannes?

—Todavía no.

—Le dejaré en los muelles. Vaya a bordo del yate y hable con un tipo llamado Giuseppe Pelossi.

—Le conozco. Estaba en el buque con usted. Es el hombre con quien hablé antes de dirigirme en su busca.

—Si él le dio las señas de mi casa, no cabe duda de que quedó favorablemente impresionado. Dígale que le asigne un puesto en el yate. Nos veremos mañana, espero.

Detuvo el coche y el marino se apeó. Dio un vistazo a la muchacha, cuyas ropas destrozadas apenas la cubrían y sonrió.

—Ya veo —dijo—. Por mi parte no hay prisa, patrón. Tómese

todo el tiempo que quiera. Se alejó y a Max no le habría extrañado oír que silbaba entre dientes.

Puso el auto en movimiento rumbo a la villa. A su lado. Sonia musitó:

—Nunca podré olvidarlo, Max... Una pesadilla tan horrible.

—Olvidarás. Yo me encargaré de eso.

Ella le miró fijamente.

—¿Olvidarás tú...?

—Sí.

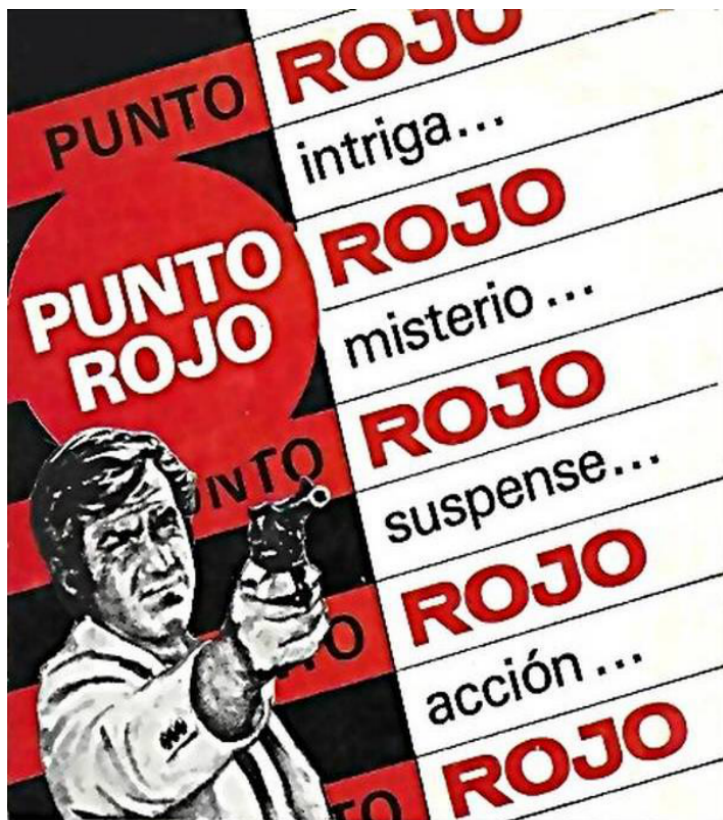
—No me refiero a lo ocurrido, sino a Karin.

—Tú tenías razón, nena... Un hombre no puede vivir siempre encadenado a un recuerdo de muerte y de odio. La olvidaré.

Sonia suspiró, acurrucándose junto a él. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en su hombro, dejando que el hombre condujera el coche rumbo al paraíso.

Un paraíso para ellos dos.

FIN

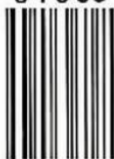


ISBN 84-02-02513-7



9 788402 025135

01683



 EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

